

# El método generacional

Benjamín Barajas

Juan de Mairena, que murió en los primeros años del siglo XX, mantuvo hasta última hora su fe ochocentista, pensando que los siglos no empiezan ni terminan con la exactitud cronológica que fuese de desear, y que algunos siglos como el suyo, *bien pudieran durar siglo y medio*.

Antonio Machado

## El concepto de generación

El concepto de “generación” forma parte del lenguaje de un amplio sector de la crítica literaria. Tanto es así que se aplica con naturalidad y con aparente conocimiento de lo que la palabra designa. Sin embargo, cuando se estudia el origen y la trayectoria del término se observa que hay un intenso encono entre los detractores y partidarios de tal denominación. Para unos se debe proscribir la categoría, dada su ambigüedad y poco significado; para otros ha de mantenerse porque esclarece los mecanismos de periodización y continuidad literarias,<sup>1</sup> y otros más consideran que se debe reformular, por

<sup>1</sup> Mención aparte merecen algunos términos cuya utilidad consiste en dividir la “historia” literaria en secciones que respondan a ciertas características. Se habla de una *época*, o *periodo*, cuando en un lapso determinado se suscita un cúmulo de hechos simultáneos que contribuye a plasmar un espíritu de homogeneidad temporal (Cf. José María Monner Sans, *El problema de las generaciones*, Buenos Aires, Emecé, 1970, pp. 14, 56). Por su parte, René Wellek y Austin Warren observan que un periodo es “una sección de tiempo dominada por un sistema de normas, pautas y convenciones literarias, cuya introducción, difusión, diversificación, integración y desaparición pueden perseguirse”. (René Wellek y Austin Warren, *Teoría literaria*. Madrid, Gredos, 1993, p. 318). Ahora bien, dentro de los periodos habrá *escuelas*, entendidas como “una agrupación o asociación artística o literaria, que implica la existencia de maestros transmisores de una cultura y unos ideales estéticos, y de unos discípulos que comparten ese valor de la cultura como *thesaurus* (Demetrio Estébanez, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza, 2001, p. 828), como ejemplo se habrá de recordar el Mester de clerecía. Al interior de dichas escuelas, por último, habrán de ubicarse los grupos o *generaciones*. Como se ve, la terminología clasificatoria es amplia, pero aquí sólo se ha tomado aquella que nos interesa de manera directa en virtud de que se desea insertar el concepto de “generación” en el ámbito

ejemplo, cambiándole de nombre. En este sentido, en las líneas que siguen se pretende seguir el hilo de tal debate con el propósito de aclarar el término y establecer, en la medida de lo posible, una definición apropiada para el desarrollo posterior de esta investigación.

44 La palabra “generación”, en su raíz, supone la “acción o efecto de engendrar u originar”.<sup>2</sup> Motivado por este sentido etimológico, Julián Marías, uno de los más entusiastas estudiosos del tema, buscó en algunos textos de la Antigüedad el significado y el uso del término. Encontró que el asunto es de raigambre milenaria, pues tanto en las culturas egipcia como judaica y griega se habla de las generaciones humanas —contadas, en promedio, a razón de tres por siglo— como medida del tiempo.<sup>3</sup> El caso más relevante se refiere a la famosa genealogía de Jesucristo perfilada por san Mateo, quien reconstruye la ascendencia de su maestro en concatenación familiar, o sea, de padre a hijo:

Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.// Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos [...] De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce.<sup>4</sup>

Sin embargo, la idea de “generación” como un concepto aplicable, ya no digamos a los estudios literarios sino sociales, se empieza a perfilar en el siglo XIX o “siglo de la historia”, como se le ha llamado.<sup>5</sup> Se atribuye al filósofo-

de la periodología. Un tratamiento más exhaustivo —que no concluyente— del asunto se haya, por cierto, en Herbert Cysarz, “El principio de los periodos en la ciencia literaria”, en *Filosofía de la ciencia literaria*. México, FCE, 1946.

<sup>2</sup> Véase “Generación”, en Guido Gómez de Silva, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México, FCE, 1998.

<sup>3</sup> Cf. Julián Marías, *Generaciones y constelaciones*. Madrid, Alianza, 1989, pp. 21 y ss.

<sup>4</sup> Mateo, 1, 17. Las otras fuentes en las que hay menciones generacionales son la *Iliada* y las *Historias* de Heródoto. En el primer caso, Glauco, a pregunta de Diomedes, habla de su ascendencia: “¿Por qué razón preguntas mi linaje? / Cual la generación es de las hojas, / asimismo es también la de varones. / Unas hojas al suelo esparce el viento, / otras, en cambio, hace brotar el bosque / al florecer con fuerza, y sobreviene / la sazón de primavera; / así ocurre también con los varones: / este linaje brota, aquel fenecer”. (Homero, *Iliada*. Madrid, Cátedra, 1991, Canto VI, vv. 144-152). Heródoto, por su parte, al reconstruir la historia egipcia, a través de los informes que recibe, dice lo siguiente: “Hasta este punto del relato me lo contaron egipcios y sus sacerdotes, mostrando que desde el primer rey hasta este sacerdote de Efesto —el último que había reinado— había habido trescientas cuarenta y una generaciones de hombres [...] Ahora bien, trescientas generaciones de varones equivale a diez mil años, pues tres generaciones de varones son cien años”. (Heródoto, *Historias*, II. Madrid, Akal, 1994, p. 142).

<sup>5</sup> Antes que los filósofos positivistas, Comte y Stuart Mill, ya se aprecian alusiones al término de “generación” en las conferencias sobre historia antigua y moderna de Federico Schlegel,

fo positivista Augusto Comte la idea según la cual “el organismo social” y los cambios que experimenta se ven influidos por la duración (generacional) de la vida humana.<sup>6</sup> Este pensador había intuido que el ritmo de la vida se transfiriera al ritmo social y que entre ambos hay mutuas correspondencias.

El predominio generacional en la marcha de la sociedad también fue reconocido por el filósofo positivista inglés John Stuart Mill, quien observó que las transformaciones sociales de cada época se debían a la acción de los “equipos” de individuos que se habían preparado para inducirlos.<sup>7</sup>

Nos obstante, será al filósofo y humanista alemán Wilhelm Dilthey a quien se atribuya la primera mención expresa al término “generación”. En su estudio sobre Novalis, Dilthey señala algunos de los factores que contribuyen a la vinculación de un conjunto de poetas. Entre ellos destaca el patrimonio cultural precedente y la vida circundante, en sus manifestaciones políticas y sociales.<sup>8</sup> En el ensayo de referencia, Dilthey cita esporádicamente la palabra y menciona que el método generacional será útil para el historiador de la literatura. De hecho, en su trabajo sobre la vida y obra de Novalis, hace una reconstrucción de la atmósfera cultural y *espiritual* de la época. Primero destaca las convergencias entre Federico Schlegel, Novalis, Hölderlin, Schelling..., después las actitudes “defensivo-ofensivas” que asumieron estos creadores contra las tendencias caducas, luego distingue las influencias recibidas, en este caso del pensamiento filosófico, dice Dilthey:

Las condiciones bajo las cuales aquellos hombres iban madurando paralelamente sus ideas residían en la filosofía de Fichte, en el triunfo de una explicación dinámica de la naturaleza por obra de Kant y en una serie de progresos de las ciencias naturales.<sup>9</sup>

En suma, de todos los factores selectos que inciden en la vida espiritual de Novalis, Dilthey habrá de obtener información relevante para esclarecer la obra del creador, lo cual le permite delinear lo que entiende por método generacional.

publicadas en 1815. En ellas se advierten tres generaciones, según lo cita José Antonio Portuondo: “la primera de 1750 a 1770, es la de Lessing, de Klopstock, de Wieland y de Winkelman; la segunda, de 1770 a ‘1780 o 90’, dice con notable imprecisión Schlegel, es la de Goethe, de Herder, de Lavater, de Johannes Müller; la tercera, de ‘1780 o 90’ a 1800, es la de Schiller, de Fichte, de Kant”. (Federico Schlegel, *La historia de las generaciones*, Manigua, Santiago de Cuba, 1958, p. 53). El estudio de Schlegel, con seguridad, fue conocido por Wilhelm Dilthey.

<sup>6</sup> Cf. J. Marias, *op. cit.*, pp. 37 y ss.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 42 y ss.

<sup>8</sup> Cf. Wilhelm Dilthey, *Vida y poesía*. México, FCE, 1953, p. 288.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 310.

Posteriormente a este estudio, Dilthey habrá de precisar sus ideas sobre el tema al agregar las unidades de *tiempo* y *espacio* como elementos que influyen en la convergencia de un grupo. De este modo, una generación será, para él, un estrecho círculo de individuos que están ligados por los acontecimientos de su época; que han recibido influencias similares y reaccionan de manera conjunta a determinados problemas.<sup>10</sup>

Sin embargo, es el filósofo español José Ortega y Gasset quien analiza de manera sistemática el concepto de las generaciones; es quien propone, además, un procedimiento de estudio basado en ellas, en virtud de que las considera como uno de los fundamentos de la estructura social y uno de los motores del cambio histórico.

46 En *El tema de nuestro tiempo*, obra que procede de una serie de lecciones que Ortega impartió entre 1921 y 1922, considera que el individuo como tal es una mera abstracción y que sólo adquiere realidad en la convivencia histórica, donde el conjunto (o las masas) y el sujeto conforman un cuerpo social íntegro. Inmersa en la dinámica social se habrá de encontrar la generación, pues representa el “compromiso dinámico entre masa e individuo —y además— es el concepto más importante de la historia, y por decirlo así, el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimientos”.<sup>11</sup>

A continuación, el filósofo establecerá algunas precisiones al decir que una generación es un *marco de identidad* y que cada uno de los grupos “representa una cierta actitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada”.<sup>12</sup> Por último, clasifica las generaciones entre aquellas que son *polémicas* y establecen, de algún modo, una ruptura con sus antecesoras, y las que son *acumulativas* porque fraternizan y continúan la herencia cultural recibida.<sup>13</sup>

Pero habrá de ser en su obra *En torno a Galileo* donde Ortega complete y enriquezca su idea sobre las generaciones. En ella opina que “la estructura de la vida” es “la sustancia de la historia” y, como ya se ha visto, esa estructura tiene su base en la “generación”. El filósofo considera que la vida es un drama en el cual el hombre actúa y se afana por ser; las acciones del hombre (derivadas del drama) son el fundamento de los cambios o las variaciones que constituyen la historia, y a la vez representan “el concepto que expresa” su articulación.<sup>14</sup> Para él, el sujeto “hace mundo” porque “forja su horizon-

<sup>10</sup> Cf. J. Marías, *op. cit.*, pp. 69-70 y Julius Petersen, “Las generaciones literarias”, en *Filosofía de la ciencia literaria*, p. 155.

<sup>11</sup> José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*. México, Porrúa, 1998, p. 7.

<sup>12</sup> *Idem.*

<sup>13</sup> Cf. *Ibid.*, p. 8.

<sup>14</sup> José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*. México, Porrúa, 1994, p. 26.

te” y con ello modifica “la estructura del drama vital”.<sup>15</sup> Asimismo, la vida se ejecuta en un tiempo y un espacio donde convergen las manifestaciones culturales de una época, mismas que habrán de influir en las diversas actitudes de las personas.

En seguida, Ortega y Gasset enmarca dos conceptos capitales para su teoría: “Todos somos *contemporáneos* —escribe—, vivimos en el mismo tiempo y atmósfera —en el mismo mundo—, pero contribuimos a formarlos de manera diferente. Sólo se coincide con los *coetáneos*”.<sup>16</sup> Para él los coetáneos se unen a un “círculo de convivencia” y serán los que integren una generación porque tienen la misma edad y “algún contacto vital”.<sup>17</sup> Después subrayará que una generación “no es una fecha sino una *zona de fechas*”<sup>18</sup> que habrá de renovarse cada 15 años. Movidado por este “descubrimiento”, por cierto cuestionable, Ortega supone que en el desarrollo de una generación ocurren estos intervalos:

47

ETAPA	LAPSO	ACCIONES
Niñez	Primeros 15 años	Sin actuación grupal
Juventud	De 15 a 30	Aprendizaje
Iniciación	De 30 a 45	Gestación e inicio de influencia
Predominio	De 45 a 60	Toma del poder
Vejez	De 60 a 75	Supervivencia histórica

El esquema precedente es mecanicista para los estudios de la historia, ya no digamos aplicado a la hipotética sucesión de creadores en la literatura. Resulta muy difícil pensar que cada quince años se renueva la planilla de escritores de un país, o que los autores “viejos” dejen de influir y ya sean obsoletos en plena madurez.<sup>19</sup> Cabe precisar, no obstante, que Ortega se in-

<sup>15</sup> Cf. J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, p. 17.

<sup>16</sup> J. Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, p. 20.

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>19</sup> Acaso en la percepción ordenada (y mecánica) de las generaciones influyó en Ortega el estudio pretencioso del francés Justin Drommel quien había creído descubrir las leyes del

teresa por un método que involucre tanto el acontecer social como artístico; de ahí las notables objeciones que habrá de recibir su trabajo por los críticos literarios.

Después de Ortega, será Julius Petersen quien se ocupe de manera sistemática del tema: para él, la idea de las generaciones es un concepto transversal que lo mismo implica a las ciencias sociales como naturales.<sup>20</sup> En el ámbito literario considera nodal dicho concepto para entender la sucesión entre autores y obras, incluso le parece un sustituto de los “viejos” términos “espíritu” y “estilo” de la época. En su ensayo “Las generaciones literarias”, el autor pasa revista a los estudios sobre el tema, incluidos los de Dilthey y Ortega, para finalizar con los ocho factores que, a su juicio, forman un grupo. Éstos son:

48

1. Herencia
2. Fecha de nacimiento
3. Elementos educativos
4. Comunidad personal
5. Experiencia de la generación
6. El guía
7. El lenguaje generacional, y
8. Anquilosamiento de la vieja generación

Petersen, basándose en el teórico Ottokar Lorenz, recupera la idea de que la herencia genética influye en el desarrollo generacional. Esto es, que hay rasgos peculiares en el comportamiento de un grupo debido al “parentesco de sangre y por la mezcla de las series de antepasados”.<sup>21</sup> Lo anterior podría ser verdad —y lo es en parte en el caso de las dinastías monárquicas— en el ámbito de la política, pero en el mundo literario, y del arte en general, es más difícil de constatar, pues es muy raro que el hijo del “genio” supere al padre y, más aún, que siga sus pasos. Lo común es que los grandes artistas esplendan solitarios y opaquen los nexos del entorno familiar. Así, por ejemplo, ni Shakespeare ni Cervantes dejaron descendencia (de sangre) para efectos de la lite-

cambio histórico, a partir de los vaivenes políticos. En su obra monumental, aparecida en 1862, *La loi des révolutions, les générations, les nationalités, les dynasties, les religions* “pretendía determinar [y certificar] el porvenir”, como dice José Antonio Portuondo. Drommel establece una tabla con estas coordenadas: la edad del aprendizaje político va de los 22 a los 25 años; de 25 a 65 es la etapa de la “gran actividad” y de los 65 en adelante sobreviene la caducidad y la muerte. (Cf. J. A. Portuondo, *op. cit.* pp. 46-47).

<sup>20</sup> Julius Petersen, “Las generaciones literarias”, en *Filosofía de la ciencia literaria*, p. 137.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 164.

ratura; tampoco Goethe o Víctor Hugo, que se sepa. El genio es raro y más aún su calco.<sup>22</sup>

Sobre “la fecha de nacimiento” de los miembros de una generación, Petersen no aporta grandes elementos, prefiere subyugar su teoría al “golpe de dados de la naturaleza”.<sup>23</sup> En este sentido, se limita a admirarse de la fortuna del drama “cuando en 1564 nacieron Shakespeare, Marlowe, Alejandro Hardy y el conde Enrique Julio de Braunschweig”.<sup>24</sup> De ahí que parezca más sensato pensar en la fecha de nacimiento de una generación a partir de algunos hechos vitales, derivados del acontecer histórico literario y de la consecuente acción de los integrantes de un grupo. Se trataría, como dice Guillermo de Torre, de valorar más la fecha de nacimiento espiritual y menos la biológica, pues ésta a fin de cuentas, y hablando en términos de personalidades destacadas en el arte, es profundamente azarosa.<sup>25</sup>

49

En cambio, los “elementos educativos”<sup>26</sup> suelen ser cruciales y de posible verificación. En el plano interpersonal, la gente se reúne en virtud de las lecturas compartidas, de los gustos por obras artísticas determinadas o por amor a las conversaciones sobre temas de mutuo interés. Asimismo, en los

<sup>22</sup> Sobre el parentesco de sangre y su relación con la literatura, a la escritora Virginia Woolf (nos lo recuerda José Luis Martínez) se le corrió esta analogía en su obra *Un cuarto propio*: ¿qué hubiera sucedido si Shakespeare hubiera tenido una hermana? Ella instrumenta la fantasía: “Imaginemos, ya que los hechos son tan difíciles de atrapar, qué hubiera sucedido si Shakespeare hubiera tenido una hermana, maravillosamente dotada, llamada Judith, supongamos. Shakespeare iba, es muy probable —su madre era una heredera— a un liceo donde aprendería latín —Ovidio, Virgilio y Horacio— y los elementos de la gramática y de la lógica. Era, quién no lo sabe, un muchacho travieso que robaba conejos, tal vez mató un ciervo, y tuvo, antes de lo debido, que casarse con una mujer de la vecindad, que le dio un hijo, también antes de lo debido. Esa aventura lo llevó a Londres a buscar fortuna. Tenía, parece, inclinación por el teatro; empezó cuidando caballos en la puerta.

Pronto consiguió trabajo en el teatro, tuvo éxito como actor, y vivió en el centro del universo [...] Mientras tanto, su bien dotada hermana, supongamos, se queda en casa. Era tan audaz, tan imaginativa, tan impaciente de ver el mundo como él. Pero no la mandaron a la escuela”. (Virginia Woolf, *Un cuarto propio*. Trad. de Jorge Luis Borges. México, Colofón, 2002, p. 43). Este relato, aparte de la cuestión de género y de su intríngulis feminista, podría enseñarnos que en la literatura no hay determinismo genético, por fortuna.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 167.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 166.

<sup>25</sup> Cf. Guillermo de Torre, *Historia de las literaturas de vanguardia*. Madrid, Guadarrama, 1971, t. I, p. 59.

<sup>26</sup> Un factor poderoso, y no sólo en el medio educativo, será la clase social a la que pertenecen los integrantes de un grupo. Esta variante determinaría, en muchos sentidos, el comportamiento generacional. Quizá la solvencia económica no determine el talento, pero cuando se tiene dinero las posibilidades de inserción en el medio artístico son mayores.

espacios de enseñanza se uniforman los contenidos de manera que las personas que concurren a ellos reciban información similar. También influyen los grandes fenómenos espirituales que lo mismo involucran a la gente sensible de toda una nación que de varios países; fue el caso del Renacimiento, que puso en crisis precisamente un sistema educativo teológico e instauró otro de perfil humanista. Sobre este punto escribe Petersen:

El Renacimiento italiano ofrece en seguida el ejemplo clásico del cambio del hombre medieval en el hombre moderno, que se lleva a cabo con la expansión de la formación helénica, con la resurrección de Platón, con la nueva concepción de la naturaleza, con los efectos de las grandes invenciones y descubrimientos y con la “ilustración” religiosa.<sup>27</sup>

50

Claro está que los grandes cambios en los sistemas educativos, o más bien, las transformaciones que involucran la concepción del mundo no ocurren muy a menudo, pero sí acompañan —y en muchos casos preceden— a las revoluciones históricas. Los grupos, por pequeños que sean, interactúan con ellas.

Por otra parte, “la comunidad personal” será el epicentro de la conformación de un grupo. De hecho, el mencionado factor remite a la coincidencia de los *coetáneos*, como dijera Ortega y Gasset, en un espacio y en un tiempo. Se trata, pues, de una porción de vida que se comparte a través del establecimiento de nexos personales en función de la amistad y el trabajo. Esta “comunidad” podrá estar ligada a las revistas, a los espacios educativos, a las tertulias (o cafés), al ambiente bohemio, etcétera.

Por otro lado, la “experiencia de la generación” está sumamente vinculada a la “convivencia” porque entre ambos factores intervienen el tiempo y el espacio como acicate de los hechos que acaecen. En términos amplios se supone, como dijera Ortega y Gasset, que el hombre “hace mundo” y “forja horizonte”, pero este “hacer” también lo afecta y lo reconfigura en virtud de que pertenece a una colectividad. En este sentido, los grupos asisten a las transformaciones que resultan de las guerras, las revoluciones científicas o de los cambios de índole cultural.

En el caso de la literatura española es bien conocida la guerra hispano-estadounidense como un hecho que influye en el ánimo de la llamada generación del 98. En México, la Revolución de 1910 habrá de ejercer, para bien o para mal, su poderoso influjo en las agrupaciones del Ateneo, los “Siete Sabios” y hasta en Contemporáneos. Al parecer, el factor de la experiencia generacional es indiscutible porque todo escritor, lo quiera o no, crece *con* o *contra* los diversos valores de su tiempo, incluso si su obra tiene aliento

<sup>27</sup> J. Petersen, *op. cit.*, p. 168.



futurista o clásico, hay, de cualquier modo, una intersección en que la época lo reclama como suyo.

Factor de interés resulta la existencia del “guía”. Esta palabra, en el ensayo de Julius Petersen, tiene un doble significado. Se puede hablar de “guía” en términos de “caudillo”, o bien, para aludir a un *arquetipo* o ideal de época. Petersen considera que los caudillos suelen pertenecer a un periodo anterior al grupo.

José Luis Martínez, para el caso mexicano, hace un espléndido seguimiento del caudillo en el ámbito de nuestra literatura. Este notable investigador prefiere aplicar el término “cacique” porque viene más a cuento con el ambiente vernáculo de nuestras latitudes. Su ensayo “Los caciques culturales” empieza en este tenor: “Así como en el mundo político, en el de la cultura existen también caciques: el personaje más fuerte que guía a los demás, que dicta las reglas, protege a su grey y, excepcionalmente, castiga a los rebeldes. Suele llamársele maestro”.<sup>28</sup> Acto seguido enumera los periodos de vigencia de cada cacique en nuestras letras. A Ignacio Manuel Altamirano corresponde el periodo de la República restaurada, que abarca de 1867 a 1889, fecha, esta última, en que se va a España de cónsul. Le sigue Justo Sierra como escritor, funcionario y patrono de la joven agrupación que habría de ser el Ateneo. Este par de caciques (el tono de José Luis Martínez no es despectivo) establece las bases (se entiende que aun sin proponérselo) para todo aquel que aspire a ocupar dicho puesto. Escribe:

1. Deberá ser un escritor importante y en lo posible el mejor de su tiempo.
2. Deberá ocupar puestos que le permitan ayudar y proteger a los escritores jóvenes.
3. Deberá vivir en México.<sup>29</sup>

A juicio de José Luis Martínez, fueron caciques el dominicano Pedro Henríquez Ureña (aunque sin poder) y Alfonso Reyes cuyo influjo y fuerza se deja sentir, con algunos vaivenes merced a sus estancias diplomáticas, hasta su muerte en 1959.<sup>30</sup> Fue cacique por vocación José Vasconcelos, quien “or-

<sup>28</sup> José Luis Martínez, “Los caciques culturales”, en *Letras Libres*, núm. 7, año 1, México, julio de 1999, pp. 28-29.

<sup>29</sup> *Idem*.

<sup>30</sup> De hecho, Alfonso Reyes es el emblema del quehacer cultural en la primera mitad del siglo XX mexicano. Sin él, como dijera Octavio Paz, la nuestra sería media literatura. Así se le reconoció en vida y parece que eso fue lo que lamentó su grupo a la hora de su muerte. Así, también, lo observa José Agustín: “En 1959 el grupo en pleno lloró la muerte de Alfonso Reyes, quien, sin duda, era su tata espiritual y modelo intelectual”. (José Agustín, *Tragicomedia mexicana I*. México, Planeta, 1990, p. 207).

ganizó la educación popular, creó bibliotecas, promovió la pintura mural, hizo espléndidas publicaciones, importó educadores hispanoamericanos y se rodeó de un renacentista conjunto de maestros, filósofos, escritores, artistas y poetas”.<sup>31</sup> Pero el gran sucesor de este par de caciques fue, sin duda, Octavio Paz, quien a partir de 1959 asume el gobierno de la República de las letras que había dejado vacante Alfonso Reyes, y lo abandona hasta 1998, año de su muerte.

52

Cabría pensar, frente al caudillismo o caciquismo, si este fenómeno es propio de una literatura en “desarrollo”, si a falta de densidad y multiplicidad de voces se imponen líneas donde destacan los que se distinguen por un trabajo constante y sin competencia aparente. A lo mejor, singularizar a ciertos personajes en la literatura francesa no sea tan fácil. Se dice que Anatole France se ufana de no haber leído a ningún autor que no fuera francés y con este bagaje había podido escribir toda su obra, lo cual quería decir que en un mundo literario tan vasto, un escritor difícilmente se toparía con las fronteras de la expresión.<sup>32</sup> Pero seguir este ejemplo en un mundo literario como el latinoamericano sería un suicidio y, a lo mejor, así lo entendieron nuestros grandes caciques al importar todo aquello de lo que carecían nuestras literaturas nacionales.

Pero volviendo al “guía”, en el sentido de arquetipo, se habrá de reconocer que este concepto es muy abarcador cuando refiere a la espiritualidad de una época. A lo mejor no se puede advertir si no es con la distancia y la perspectiva históricas. Al respecto escribe Julius Petersen:

Cada época y, si se mira con atención, cada generación, tiene ante sus ojos un determinado ideal de hombre: el Renacimiento *l'uomo universale*, el barroco, al cortesano, la Ilustración francesa, la *bel sprit*, la inglesa, al *gentleman*, la alemana, al hombre honrado, la época del *Sturm und Dramg* al genio sensible, la época de la Restauración al desgarrado, la decadencia del siglo XIX al *dandy*, mientras que, a fines del siglo se convierte en consigna el superhombre.<sup>33</sup>

El esquema precedente, aunque mecanicista, es una de las bases, o improntas, sobre las que se ha fincado la historia de la literatura. Parece verdad que

<sup>31</sup> *Idem.*

<sup>32</sup> Sobre la idea de una literatura francesa orgánicamente universal, en la que casi se ha expresado todo de diversas maneras, el filósofo José Gaos se hacía esta pregunta ociosa: ¿por qué en la literatura francesa no hay un Dante, un Shakespeare, un Cervantes, un Goethe? La respuesta pareciera ser que la literatura francesa no los necesita porque no tiene uno, sino muchos, exponentes de talla universal. A pesar de ello, no creemos que haya nombres galos equiparables a los autores antes citados (Cf. José Gaos, *Razón y realidad en la literatura*. México, FCE, 1999, pp. 8 y ss.)

<sup>33</sup> J. Petersen, *op. cit.*, pp. 179-180.

el arquetipo de las épocas tiene estrecha relación con la vida cotidiana de los que han vivido en ellas. Esto lo sabemos por los documentos históricos, pero, sobre todo, por los textos literarios que, se habrá de subrayar, no reflejan la realidad sino la decantan, estilizan y transfiguran.

Como complemento al arquetipo, o espíritu de una época, cabría situar a aquellos personajes literarios que representan, de algún modo, los valores, las aspiraciones o los vicios sociales concomitantes. En este sentido, hay periodos que aportan personajes de talla universal que, a su vez, son emblemáticos de su entorno y también de las generaciones futuras. De este modo, a lo mejor Cervantes, en don Quijote, certificó la locura no sólo como un choque entre la realidad y la fantasía sino como una marca de la modernidad, o bien, Tirso consagró en don Juan Tenorio, no al personaje libertino sino al individuo vacío; y Goethe vio en Fausto el fracaso de la ciencia ante la mortalidad del hombre. En esta lucha contra el tiempo, el siglo XIX ofrecerá dos respuestas en el cuerpo de dos personajes de raigambre: Frankenstein y Drácula. Pero frente a esta galería ¿qué es lo que aporta el siglo XX? A nuestro juicio, y dicho sea de manera modesta, nuestra literatura ha aportado a la posteridad al psicópata. Éste es el arquetipo que, a lo mejor, entre todos hemos construido. Hay antecedentes de él en el texto escalofriante de Roberto Arlt, *Los siete locos*, pero adquiere su perfil concreto en *El túnel*, de Ernesto Sábato. En realidad, el personaje, Juan Pablo Castel, tiene muchos padres. En la pluma de Sábato confluyen las ideas y emociones de Dostoievski, Freud, Nietzsche y Kafka, por hablar de los autores más contundentes.

Pero volviendo al siglo XX, en términos de espíritu de época, acaso las vanguardias en sus diversas vertientes dirigen los cambios y moldean las actitudes de las personas. Tomados en conjunto, estos grupos aportan un nuevo *estilo de vida*, algunos suponen que esto es lo único.<sup>34</sup> El ideal palpable del vanguardismo será la libertad como premisa, lo mismo en la vida que en el arte. El surrealismo de André Breton acaso sea el ejemplo más palpitante.

El penúltimo factor que distingue a un grupo será “el lenguaje generacional”; según Petersen este elemento es de los más relevantes “en la medida en que toda comprensión recíproca, las actitudes ante experiencias comunes, toda la crítica de las situaciones a superar, todo acuerdo sobre metas comunes, requiere del medio del lenguaje”.<sup>35</sup> Todo esto puede ser verdad si se considera al término “lenguaje” desde una perspectiva amplia y, acaso,

<sup>34</sup> Escribe Sábato: “En cierto modo, la única actitud consecuente de los surrealistas desde el punto de vista teórico eran los espectáculos a base de alaridos y tambores. Y, para mí, lo más valioso que han producido: un estilo de vida”. (Ernesto Sábato, *Hombres y engranajes. Heterodoxia*. Madrid, Alianza, 2000, p. 82).

<sup>35</sup> J. Petersen, “Las generaciones literarias”, en *op. cit.*, pp. 182-183.

semiótica. Sobre todo desvinculándolo, en principio, de la noción de “estilo”. En primera instancia, el “lenguaje” estaría en la base comunicativa de todas aquellas manifestaciones artísticas verbales o no que transmiten un contenido mediante un repertorio de signos. En este ámbito estarían las artes plásticas, la música, el teatro, etcétera. En un segundo plano, el lenguaje nos remitiría a la expresión verbal de los poetas y narradores, donde sus textos, sin lugar a dudas, darían cuenta de un estilo. Sobre este asunto escribe Francisco Montes de Oca:

54

[el estilo] es la unión del fondo y la forma de la obra literaria, la resultante de la fusión del pensamiento y del lenguaje. Todas las facultades del escritor dejan marcado su sello característico en la obra literaria. Cada escritor se distingue por su estilo como cada hombre por su fisonomía.<sup>36</sup>

En sentido similar, Ernesto Sábato dice lo siguiente:

El estilo es el hombre, el individuo, el único: su manera de ver y de sentir el universo, su manera de “pensar” la realidad, o sea esa manera de mezclar sus pensamientos a sus emociones y sentimientos, a su tipo de sensibilidad, a sus prejuicios y manías, a sus tics.<sup>37</sup>

En una concepción más amplia, Ermilo Abreu Gómez habla de los factores que influyen en la conformación del estilo de un escritor y en este orden aparecen las peculiaridades propias del idioma, el contexto histórico social en que vive el autor, la geografía,<sup>38</sup> etcétera. A este marco contextual parecería referirse Petersen cuando afirma que “el estilo no es únicamente una práctica individual [...] sino que esta configuración individual tiene como base el uso lingüístico general de una comunidad”.<sup>39</sup>

De ahí también que los cambios en el área del conocimiento —y las generaciones tendrían, como hemos visto, mucho que ver en ellos— partan de la transformación del lenguaje. Así lo expresa también Octavio Paz en su famosa obra *El arco y la lira* cuando dice que “La historia del hombre podría reducirse a la de las relaciones entre las palabras y el pensamiento. Todo periodo de crisis —agrega— se inicia o coincide con una crítica del lenguaje”.<sup>40</sup>

La crisis aparece como un factor de cambio histórico en la teoría de Ortega y Gasset y, a su modo, Petersen retoma la idea en lo que él llama “anquilo-

<sup>36</sup> Francisco Montes de Oca, *Teoría y técnica de la literatura*. México, Porrúa, 1996, p. 56.

<sup>37</sup> Ernesto Sábato, “El estilo”, en *Antología. Textos de lengua y literatura*. México, UNAM, 1977, p. 260.

<sup>38</sup> Cf. Ermilo Abreu Gómez, *Discurso sobre el estilo*, México, UNAM, 1963, pp. 7-38.

<sup>39</sup> J. Petersen, “Las generaciones literarias”, en *op. cit.* p. 186.

<sup>40</sup> Octavio Paz, *El arco y la lira*. México, FCE, 1972, p. 29.

samiento de la vieja generación”. Este planteamiento supone que un nuevo grupo ocupa el lugar del precedente en virtud de que toma posesión de los espacios y asume un conjunto de compromisos de “avanzada”. Sin embargo, la parálisis de la generación anterior no siempre ocurre y es más común la sucesión, como ya lo planteaba Ortega cuando afirmaba que hay grupos de ruptura y de continuidad. En la literatura mexicana, por ejemplo, nadie —al menos entre los grupos reconocidos— disiente de modo categórico del Ateneo, de Contemporáneos o de Taller; se llega, cuando mucho, a plantear algunas diferencias. Parece que la ruptura, como se ha visto en el espectro de la historia literaria, sucede en el lindero (que por cierto tampoco se puede medir con cinta métrica) de los grandes periodos: de Edad Media a Renacimiento, de romanticismo a neoclasicismo, del realismo a las vanguardias, etcétera. Serían, pues, rupturas amplias que involucran diferencias profundas en el orden cosmogónico, lo demás parece un juego de niños.

En donde el anquilosamiento de la generación anterior es de uso corriente es en el orden político. Aquí la efervescencia del *cambio* es el pan de cada día. De hecho, pareciera que es una condición de la democracia moderna que por lo menos las generaciones, y los personajes se rolen, aunque los vicios permanezcan. Por el contrario, la emergencia de una nueva estética en el arte parece una labor de siglos y muchas veces las búsquedas sinceras se disuelven en el ámbito de lo clásico.

Para concluir, Julius Petersen define la generación como “una unidad de ser debida a la comunidad de destino, que implica una homogeneidad de experiencias y propósitos”.<sup>41</sup> Asimismo le otorgará un papel relevante en el ámbito de la secuencia histórica de la literatura, pues, a su juicio, la generación “permite engarzar el devenir literario en el acontecer del tiempo, en los grandes acontecimientos políticos, las corrientes espirituales, las conmociones de los estados de espíritu a través de las cuales se va cambiando la índole de los hombres”.<sup>42</sup>

Por lo que hemos visto, tanto Ortega como Julius Petersen están convencidos de la teoría generacional como factor de cambio. Como estos autores, hay muchos que confían en la explicación, digamos, sistemática del devenir histórico. De modo que repiten con sólo algunos matices la definición precedente.

Uno de ellos es Guillermo de Torre, quien asume como pilar de su estudio sobre las vanguardias dicha teoría. Más que disentir de los planteamientos sobre el tema, sintetiza lo que se ha dicho sobre él y establece una definición en consonancia con las especulaciones de Ortega y Petersen. Escribe de Torre:

<sup>41</sup> J. Petersen, “Las generaciones literarias”, en *op. cit.*, p. 188.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 189.

una generación es un conglomerado de espíritus suficientemente homogéneos, sin mengua de sus respectivas individualidades, que en un momento dado, en el de su alborear, se sienten expresamente unánimes para afirmar unos puntos de vista y negar otros, con auténtico ardimiento juvenil.<sup>43</sup>

El concepto de Guillermo de Torre está más cercano a los grupos de ruptura o polémicos que a los que se insertan en una tradición. Esto se entiende porque él se ocupa de las vanguardias, conocidas por su tendencia beligerante. Y eso del “ardimiento juvenil” suena a futurismo marineta, a derroche de energía con o sin causa, a fuerza viril desenfrenada.

56 En las letras españolas fue aplicada la teoría de Ortega y Petersen a dos grupos de escritores y poetas: los del 98 y del 27. Lo hicieron dos poetas y estudiosos de incuestionable calidad por lo que, a pesar de las diferencias suscitadas, el término se ha ido imponiendo. Pedro Salinas en su texto “El concepto de generación literaria aplicado a la del 98” cumple el cometido que expresa en ese título y sigue las pautas que establece el autor alemán para delinear la conformación del grupo finisecular español.<sup>44</sup> Salinas no dice nada en torno a la “herencia familiar” como ingrediente de una generación, pero sí reconoce los elementos educativos en común, el autodidactismo, la comunidad concretada en las relaciones interpersonales, las revistas en las que escribieron, la experiencia generacional frente al trauma del 98, la presencia de un guía como Nietzsche, el lenguaje generacional modernista y su distanciamiento de la generación pasada (incluido el desprecio a José Echegaray, por demás justificado). De este modo, Pedro Salinas concluye categórico: “Para mí la consecuencia no ofrece duda: hay una generación del 98. En ese grupo de escritores, los elementos exigidos por Petersen como indispensables para que exista una generación se encuentran casi sin falta”.<sup>45</sup>

En términos similares, Dámaso Alonso se ocupa del grupo que posteriormente se ha ubicado en 1927. En el artículo “Una generación poética (1920-

<sup>43</sup> G. de Torre, *op. cit.*, p. 63.

<sup>44</sup> En realidad, el bautizo del grupo de fin de siglo partió del propio Ortega y Gasset y de Azorín hacia 1913. Los nombres que se empezaron a perfilar fueron, además de Azorín (1873-1967), Miguel de Unamuno (1864-1936), Pío Baroja (1872-1956), Ramón María del Valle Inclán (1866-1936), Antonio Machado (1875-1939) y Juan Ramón Jiménez (1881-1958). Azorín, en su artículo “La generación de 1898”, establece como precedente de la misma a Campoamor, Galdós y Echegaray y elige la fecha categórica bajo el sello de una exclamación: “¡Oh tragedia de España!” La tragedia de haber perdido sus dominios de ultramar, o sea, la pérdida del imperio en pro de la incipiente nación. Esta nación es la que habrán de imaginar y descubrir los escritores del 98. (Cf. José Martínez Ruiz, Azorín, *Clásicos y modernos*. Buenos Aires, Lozada, 1959, pp. 185-191).

<sup>45</sup> Pedro Salinas, “El concepto de generación literaria aplicado a la del 98”, en *Literatura española del siglo XX*. México, Antigua Librería Robredo, 1949, p. 32.

1936)” recrea el viaje, por demás emblemático, que él y sus compañeros realizaron en medio de una *noche oscura* por el río Guadalquivir rumbo a Sevilla. El recorrido está lleno de guiños literarios; la barca parece zozobrar ante el terror, casi sagrado, de Federico García Lorca; asimismo queda de manifiesto que todos son conscientes de su alto destino. Hay, pues, un simbolismo (en varios sentidos) y por eso nos recuerda el célebre poema de Mallarmé, “Saludo”,<sup>46</sup> donde el vate arenga a sus amigos desde su alegre popa. Alonso describe, en suma, el itinerario no sólo de un viaje sino de la primera gesta de un grupo de creadores.

Llegaron, pues, al Ateneo de Sevilla “a mediados de diciembre de 1927”,<sup>47</sup> donde algunos leyeron sus poemas. Ahí se congregó la célula del grupo: Jorge Guillén, Gerardo Diego, Rafael Alberti, Federico García Lorca, José Bergamín, Juan Chabás, Luis Cernuda, a los que se habrían de unir, Pedro Salinas y Vicente Aleixandre.

Alonso considera que a partir de esta primera aparición pública nace el grupo y, aunque rehúsa suponer que éste sea una generación en toda la regla, opina que hay elementos suficientes para unir a sus integrantes. A su juicio, ellos no se alzan contra nada, tampoco “hubo un sentido de protesta política”.<sup>48</sup> “Los poetas de mi generación —dice— no abominan de los ya famosos (Unamuno, los Machado, Juan Ramón Jiménez). Más aún: la filiación del grupo con Juan Ramón Jiménez es evidente”.<sup>49</sup> Alonso también niega la presencia del caudillo y la comunidad de técnica o de inspiración (algo así como la existencia de un *lenguaje* común y un *arquetipo*, en términos de Petersen, claro). Sin embargo, reconoce que hubo una manera común de reaccionar en el homenaje que se le rindió al “príncipe de las tinieblas”, o sea, a Góngora.

Pese a este escepticismo, afirma que la suya fue una generación, incluso bajo los términos de Julius Petersen y José Ortega y Gasset. Escribe: “Lo que quiero es, simplemente, afirmar que esos escritores no formaban un mero grupo sino que en ellos se daban las condiciones mínimas de lo que entiendo

<sup>46</sup> Cf. Stéphane Mallarmé, *Obra poética*. Trad. de Ricardo Silva-Santisteban. Madrid, Hiperión, 1994, t. 1, p. 27.

SALUDO / Nada, esta espuma, verso virgen / que solo dibuja la copa; / tal se hunde el tropel a lo lejos / de tanta sirena a la inversa. / Bogamos, oh amigos míos, / yo voy en la popa, vosotros / la proa fastuosa que surca / la onda de inviernos y rayos; / Me induce una hermosa embriaguez / y sin temer un balanceo / de pie os ofrezco este saludo: / soledad, arrecife, estrella / a todo lo que mereciese / el blanco afán de nuestra vela.

<sup>47</sup> Dámaso Alonso, “Una generación poética (1920-1936)”, en *Poetas españoles contemporáneos*. Madrid, Gredos, 1965, p. 156.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 161.

<sup>49</sup> *Idem.*

por generación: coetaneidad, compañerismo, intercambio, reacción similar ante excitantes externos”.<sup>50</sup>

Así, con la distancia histórica de por medio, podemos afirmar que tanto la del 27 como la del 98 son las generaciones, en el sentido ortodoxo de la teoría, mejor delineadas y son las que más han influido en la propagación del membrete a otros grupos, al menos en la literatura en lengua castellana.

58 Pero a pesar del optimismo que ha despertado la teoría de las generaciones, ha habido fuertes críticas de muchos escépticos. Quizá los primeros que no están de acuerdo con la nomenclatura son los propios integrantes de un grupo determinado. Así, por ejemplo, pese a la euforia de Azorín, “Pío Baroja y Ramiro de Maetzu —escribe Pedro Salinas— en libros y artículos, han negado la existencia de esa generación, en la que se les colocaba”.<sup>51</sup>

En el plano individual las críticas más agudas provienen de los estudiosos y detractores del tema. Así, Dámaso Alonso, que en principio ve en la suya una generación, niega la validez del concepto en el ámbito literario, acaso porque es verdad que el término nace de las especulaciones históricas —se debe recordar que, efectivamente, ése era el propósito de Ortega. Por otra parte, también es verdad que el filósofo español niega que el individuo por sí solo sea el motor de los cambios históricos, en cambio, para la literatura, el individuo es fundamental, y he aquí los reparos de Alonso:

La generación existe, y tiene interés para la historia de la cultura; pero para la historia de la literatura no existe más que el poeta individual —mejor dicho, la criatura, el poema—. Por tanto, el valor de una generación no es una cantidad conjunta, indivisible, sino la mera acumulación de valores individuales.<sup>52</sup>

Con estilo eufemístico, Carlos Bousoño dice: “no creo propiamente en generaciones, o sólo creo en ellas en cierto sentido que pronto especificaré,

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>51</sup> Pío Baroja pensaba que la del 98 era “una sociedad secreta” que, si la hubo, “no tiene puntos de vista comunes”. Luego agrega: “En España se ha inventado, para explicar la revolución, esa generación fantasma de 1898, que es una entequeia que sirve de blanco. Es como el chivo emisario, o como algunos de los sortilegios de los pueblos salvajes”. (Pío Baroja, *Opiniones y paradojas*. Barcelona, Tusquets, 2000, pp. 110-111). Siguiendo esta línea negativa, el crítico Ricardo Gullón observa que la del 98 fue una invención y, por eso mismo, “el suceso más perturbador y regresivo de cuantos afligieron a nuestra crítica en el presente siglo”. (Ricardo Gullón, *La invención del 98 y otros ensayos*. Madrid, Gredos, 1988, p. 7). Un punto medio se observa en la postura de Manuel Azaña, para quien el grupo incidió más en el ámbito de la literatura que en las transformaciones sociales de España; dice: “La generación del 98 [...] Innovó, transformó los valores literarios. Ésa es su obra. Todo lo demás está lo mismo que ella se lo encontró. Su posición crítica, que no tenía mucha consistencia”. (Manuel Azaña, *¡Todavía el 98!* Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 42.)

<sup>52</sup> Dámaso Alonso, *op. cit.*, p. 176.



sino en periodos cronológicos, más o menos amplios, caracterizados por un cambio esencial en la graduación individualista”.<sup>53</sup> Después criticará las posturas de Ortega y Julián Marías por cuanto no explican cómo nace una nueva sensibilidad en un grupo de jóvenes, por qué reaccionan contra el sistema de vigencias y no lo hicieron sus padres antes que ellos, etcétera. La verdad es que Bousoño se opone de tajo a Ortega al negar lo colectivo en pro de lo individual romántico y, a partir de esto, no hay mediación posible. Lo paradójico es que tampoco el conocido filólogo podría explicar a cabalidad lo que dice que no pueden esclarecer los otros.

Más conciliador parece, en este sentido, Andrés Amorós, para quien es un hecho que en términos pedagógicos ya se ha impuesto el concepto, por lo menos para referir al grupo del 98 (y diríamos que también para la generación del 27), pero eso sí, recomienda ser cautos para no etiquetar grupos y periodos de manera artificial.<sup>54</sup> Opinión que, por supuesto, compartimos.

Un libro especialmente apasionado —y de reciente aparición bajo el sello de una editorial seria— es el de Eduardo Mateo Gambarte: *El concepto de generación*. Se trata de un texto de trescientas páginas en las que se pasa revista a lo dicho por los estudiosos del tema, con énfasis en Ortega y Julián Marías. A este par de autores se les regaña constantemente por el *daño* causado a los estudios literarios en España (y en Hispanoamérica). Sólo por calibrar la altura que alcanza un temperamento exaltado, se verán algunos de sus planteamientos. Dice el autor: “El término generación es uno de los esqueletos del instrumento ideológico del movimiento positivista”.<sup>55</sup> Luego afirmará que el concepto tiene un antecedente biológico y que en nada ayuda a explicar una realidad histórica tensa y compleja, pues tiende a uniformarla, e insiste: “El tema de las generaciones es tan superfluo y tan bonito como si alguien se inventara un método para inventar un almacén”,<sup>56</sup> este método resulta ser la piedra filosofal para algunos y un instrumento de propaganda para otros, porque “el concepto de generación es intrínsecamente perverso”<sup>57</sup> y por tal motivo recomienda a los profesores de literatura no volver a usarlo en sus vidas.

Más reposado y sensato nos parece el estudioso Robert Escarpit, quien aboga por el uso del término “generación” con ciertas precauciones. La primera de ellas es evitar la *tentación cíclica*; la segunda es que las generaciones literarias difieren de las biológicas; de ahí que la periodicidad, como una

<sup>53</sup> Carlos Bousoño, *Épocas literarias y evolución*. Madrid, Gredos, 1981, p. 195.

<sup>54</sup> Cf. Andrés Amorós, *Introducción a la literatura*. Madrid, Castalia, 1987, pp. 161-172.

<sup>55</sup> Eduardo Mateo Gambarte, *El concepto de generación*. Madrid, Síntesis, 1996, p. 274.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 289.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 290.

regla constante no sea aplicable. En consecuencia, Escarpit propone un concepto intermedio:

La noción de generación, que nos seduce de entrada, no es pues absolutamente clara. Quizá sería mejor sustituirla por la de *equipo*, más dúctil y más orgánica. El equipo es el grupo de escritores de todas las edades (aunque de una edad dominante) que, en ocasión de ciertos acontecimientos, *toma la palabra*, ocupa la escena literaria y, conscientemente o no, bloquea el acceso a ella, prohibiendo a las nuevas vocaciones realizarse.<sup>58</sup>

60 Claro que la palabra “equipo” resulta muy modesta si se le compara con la de mayor sonoridad y abolengo. A estas alturas sería muy difícil erradicar el uso indiscriminado del término “generación”, pero sí se le podría acotar dependiendo del grupo de creadores que se estudie. Así, por ejemplo, se podría evitar la frase “generación de los cincuentas” para hablar, en cambio, de una *década* con ciertas características. También se debería incrementar el uso del término “promoción” para aludir a los diversos grupos que convergen en un periodo específico. Por lo pronto, en el siguiente apartado veremos cuál ha sido el uso de este término y del método generacional en México.

### Teoría y aplicación del *método generacional* en México

En México se ha aplicado el método generacional, a veces de manera intuitiva, prácticamente desde el siglo XIX. Corresponde al investigador Fernando Tola de Habich dar a conocer una primicia en este sentido. En sendos artículos: “Altamirano y la teoría de las generaciones en el siglo XIX” y “Rodríguez Galván y la Academia de Letrán” comparte con nosotros la sorpresa de haber encontrado cómo el maestro Altamirano periodiza en siete grupos, con intervalos de quince años, la historia literaria de su siglo.<sup>59</sup> Sobra decir que dicho método, en su concepción más o menos estable, lo delinean, como se ha afirmado, Ortega y Gasset y Julius Petersen en la tercera y cuarta décadas del siglo XX; por

<sup>58</sup> Robert Escarpit, *Sociología de la literatura*. Barcelona, Oikos-tau, 1971, p. 33.

<sup>59</sup> Los grupos son: “1. Generación de la Arcadia Mexicana (1806, nacidos entre 1776 y 1790); 2. Generación de la Independencia (1821, nacidos entre 1791 y 1806); 3. Generación de la Academia de Letrán (1836, nacidos entre 1806 y 1820); 4. Generación del Liceo Hidalgo (1851, nacidos entre 1821 y 1835); 5. Generación del Renacimiento (1866, nacidos entre 1836 y 1850); 6. Generación de Transición (1881, nacidos entre 1851 y 1865); 7. Generación Modernista (1896, nacidos entre 1866 y 1880)”. (Fernando Tola de Habich, “Rodríguez Galván y la Academia de Letrán”, en *La Jornada Semanal* suplemento cultural de *La Jornada*, núm. 263. México, 19 de marzo de 2000, p. 3.)

eso, Altamirano, menciona Tola de Habich, “se anticipó universalmente a su tiempo, con mucho de toque de genialidad en la utilización de este instrumento metodológico para el ordenamiento y estudio de la literatura”.<sup>60</sup>

Sin embargo, Altamirano carece de seguidores en la aplicación del método, pues en las décadas siguientes no se menciona su trabajo sobre el tema. En cambio, hay intentos de otros autores por enmarcarse en la generación en la que han participado. Es el caso del dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien pertenece al grupo del Ateneo de la Juventud y a quien se deben, por cierto, los primeros estudios de esta promoción. En su artículo “Protesta y glorificación. Una manifestación literaria pública en México” (publicada por primera vez en 1907) habla con entusiasmo de “la generación joven”, “nutrida y culta” que ha comenzado también a fundar periódicos, a publicar libros, a patrocinar exposiciones de pintura”.<sup>61</sup> Este grupo, en el cual desde luego se incluye, se afina en torno a un acontecimiento que habrá de ser crucial para su devenir: el desagravio a Manuel Gutiérrez Nájera; icono que estaba siendo desdibujado por Manuel Caballero quien, dice Henríquez, “venía a combatir el modernismo, es decir, el movimiento literario encabezado por el fundador de la *Revista Azul*. Osadía tal hubo de levantar una oleada de indignación en los grupos intelectuales”. La protesta adquiere visos de manifestación pública donde se suceden discursos que pretenden limpiar la imagen modernista. Así, Rafael López “lee los vibrantes versos de su ‘imprecación del desagravio’” y Ricardo Gómez Robelo “improvisó una enérgica peroración proclamando que este esfuerzo de la juventud mexicana era la declaración de su libertad en el arte y en todos los órdenes”.<sup>62</sup>

Esta última frase parece contener el sentido real de la protesta: la búsqueda de la libertad por los senderos del conocimiento, senderos que proveen la ciencia y el arte. Así lo percibe Henríquez Ureña en otro ensayo: “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México” (publicado en 1925). En el texto habla del “grupo al que yo pertenecía” y define sus características a modo de generación:

Éramos muy jóvenes —dice— (había quienes no alcanzaban todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, [Jesús] Acevedo el arquitecto, [Diego] Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta en gran

<sup>60</sup> F. Tola de Habich, “Altamirano y la teoría de las generaciones en el siglo XIX”, en *Sábado*, suplemento cultural de *Uno Más Uno*, núm. 1156. México, 27 de noviembre de 1999, p. 3.

<sup>61</sup> Pedro Henríquez Ureña, “Protesta y glorificación. Una manifestación literaria pública en México”, en *Estudios Mexicanos*. México, SEP, 1984, pp. 227-228.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 229.

parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer [...] Y en literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española [...] Nuestra juvenil revolución triunfó.<sup>63</sup>

62

Desde luego, a este primer entusiasmo y a sus logros indudables sobreviene la diáspora causada por la revolución de 1910. El grupo se dispersa, pero sus enseñanzas habrán de fructificar en la próxima: la de los “Siete Sabios”, seguidores como fueron del Ateneo, pero de tres maestros, en especial, de aquella promoción: Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y Antonio Caso.

Por otra parte, Alfonso Reyes, como miembro del Ateneo de la Juventud, también habla de la configuración de su grupo. En su ensayo “Pasado inmediato”, que data de 1939, reconstruye las acciones más importantes llevadas a cabo por él y sus compañeros. Para empezar, habla de la vejez del régimen, de “la generación adulta” que carecía de estrategias de cambio. Frente a ella habrá de erigirse la “llamada Generación del Centenario” dueña de “una preocupación educativa y social”.<sup>64</sup> Este grupo combatirá las rutinas filosóficas del positivismo y los *tics* de los ancianos del cientificismo, claro, poniendo a resguardo las figuras de Gabino Barreda y Justo Sierra, patrono, este último, que se debía leer entre líneas porque si bien apoyaba “lo nuevo” compartía los achaques con don Porfirio. Escribe Reyes: “Antes de seguir adelante, un franco tributo a la memoria del gran Ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra [...] Dondequiera que intervino, hizo el bien”.<sup>65</sup>

Reyes retoma lo dicho por el dominicano Pedro Henríquez Ureña sobre el Ateneo y sus integrantes. Con la distancia histórica que le favorece, alaba “la enseñanza socrática” de éste y perfila sus diferencias con Vasconcelos en cuyo pensamiento observa la elaboración —“en los instantes que la cólera civil le dejaba libres”— de “ensayos de una rara musicalidad ideológica (no verbal)”.<sup>66</sup> Asimismo, Reyes ve a su grupo de este modo:

Era aquella, sobre todo, una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos. Quién sabe si algún poeta del grupo no se haya empobrecido un poco

<sup>63</sup> P. Henríquez Ureña, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, en *ibid.*, pp. 290-291.

<sup>64</sup> Alfonso Reyes, “Pasado inmediato”, en *Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*. México, FCE, 1960, t. XII, p. 186.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 194.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 205.

por la necesidad de movilizar todas sus fuerzas hacia la reconstrucción crítica en que estábamos empeñados.<sup>67</sup>

Lo que sigue en la exposición de Reyes es la cronología de las acciones que lleva a cabo su grupo; acciones que habrán de darles identidad y cohesión, a la vez que regirán sus aportes al ámbito del humanismo mexicano. Dicha lista es exhaustiva y será la base que habrán de retomar, y repetir, los estudiosos del periodo.<sup>68</sup>

Pero la aplicación del método generacional nos depara una segunda sorpresa en la persona, y, sobre todo, en la obra, de Manuel Gómez Morín, prócer del panismo. Este ideólogo imaginó, moldeó y reconstruyó el perfil de su grupo. En su célebre ensayo *1915*, publicado en 1927, hace un diagnóstico del momento histórico por el que atraviesa el país, en tiempos de la revuelta. Gómez Morín opone a la tiranía revolucionaria las fuerzas del espíritu y la razón para combatir “la aridez mental y moral” imperantes. La lucha armada se le aparece como un “pastiche popular” que prohíja “Venganzas y saqueos; homicidios, robos, violaciones”. El dictamen oscuro de la república convulsa se retrata en estas imágenes que habrán de ser cliché de nuestro cine:

Fue la época en que los salones servían de caballeriza, se encendían hogueras con confesionarios, se disparaba sobre los retratos de las ilustres damas “científicas” y la disputa por la posesión de un piano robado quedaba resuelta con partirlo a hachazos lo más equitativamente posible. La época en que volaban trenes y se cazaban transeúntes. En que se fusilaban imágenes invocando a la Virgen de Guadalupe. En que, con el rifle en la mano, los soldados pedían limosna.<sup>69</sup>

Gómez Morín encaró este desorden proponiendo la acción y la vigilancia de los cambios. Era necesario reconciliar los opuestos, volviéndose, a la vez, “Lógicos e intuitivos. Serenos y entusiastas. Convencidos y escépticos. Todo según la actividad y el momento”. Asimismo, propone desafiar la sombra, aunque en la práctica —según pensaba Heidegger— ningún hombre puede ir delante de ella. Quería sacar a la república de campaña, del campamento de la guerra, para guiarla con “rigor en la técnica y bondad en la vida”.

Esa acción dirigida debía estar a cargo, ni más ni menos, que de una generación dispuesta a enseñar, a disciplinar y a instrumentar la crítica, en virtud de que la del Ateneo había sido dispersada por la danza revolucionaria.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 206.

<sup>68</sup> Reyes divide las acciones de su grupo en dos campañas en un periodo que va de 1906 a 1910. (Cf. *ibid.*, pp. 207-209.)

<sup>69</sup> Manuel Gómez Morín, *1915 y otros ensayos*. México, Cultura, 1927, pp. 23-24.

La generación será, para Gómez Morín, la “íntima vinculación establecida entre varios hombres por la existencia en todos ellos, de un mismo impulso inefable, de una inquietud peculiar, de ciertas maneras profundas de valorizar la vida y de plantear sus problemas”.<sup>70</sup> Este sentimiento grupal, como hemos visto, era parte del arraigo en los integrantes del Ateneo, por ello, no es extraño que Morín, más los seis sabios que le acompañan, lo herede. Pero, a su vez, hereda el pensamiento de Ortega y Gasset quien, para estas épocas, ya había difundido sus ideas sobre el tema.<sup>71</sup>

64 Del pensador ibérico no sólo retoma la nomenclatura teórica, sino la pasión por el tema y las certezas según las cuales un grupo de esta dimensión es el gozne sobre el que gravitan los cambios en la historia. En Gómez Morín el método de Ortega se convierte en credo, en doctrina urgente que se debe aplicar en el paisaje virgen del suelo mexicano. Veámoslo si no:

Por eso —escribe— debemos hablar de nuestra generación, ahondar en sus raigambres, proyectarnos a su porvenir, buscar en ella el símbolo de lo que podrá esperarse después en nuestro México: obscuridad dolorosa de mestizaje, trágica supervivencia de grupos derrotados en una científica selección racial, mediocridad de criollos tropicales vivaces, superficiales y espiritualmente invertebrados, o “raza cósmica”, cultura nueva, sentido total de la vida que armonice y supere las contradicciones que atormentan al mundo moderno.<sup>72</sup>

La arenga de Gómez Morín no está dirigida a los literatos sino a los científicos sociales, a la gente que puede hacer algo en el ámbito de la política para instaurar el orden que el país requiere al momento de su desarrollo económico e institucional. En este sentido, lee la cara histórico-sociológica del método de Ortega, vertiente que, por otra parte, es sustancial en el pensamiento del filósofo.

Casi ocho años después de la publicación del ensayo de Gómez Morín aparece, en 1934, *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos. En esta obra hay un capítulo que se titula “La lucha de las generaciones”; en él, el filósofo mexicano rechaza la aplicación del método de manera abusiva y pone como ejemplo “aquella generación fantasma de 1915”.<sup>73</sup> Esto demuestra no sólo que Ramos había leído *El tema de nuestro tiempo*, de Ortega, sino también a Gómez Morín, con quien, por cierto, no está de acuerdo.

<sup>70</sup> *Ibid.*, pp. 26-27.

<sup>71</sup> Cf. Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la revolución mexicana*. México, Tusquets, 1999, p. 246.

<sup>72</sup> M. Gómez Morín, *op. cit.* p. 30.

<sup>73</sup> Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*. México, Espasa Calpe Mexicana, 1992, p. 127.

Samuel Ramos elige el camino de la ortodoxia para referirse a las generaciones, pues, a su juicio, debe haber un nexo espiritual profundo entre sus integrantes. Luego reafirma su opinión al respecto:

Una generación es, pues, algo mucho más trascendental que un mero grupo literario, el cual, desde luego, puede hacer historia, en tanto que participa con un sentido original de la vida. El valor de una generación debe estimarse por la obra en sí, pero además por sus relaciones con el medio. Cada auténtica generación que pasa, deja tras de sí una huella perdurable que se suma al acervo cultural y contribuye a formar la tradición de cada país.<sup>74</sup>

La idea del espesor de los grupos en un contexto cultural amplio habrá de ser explotada más tarde por Wigberto Jiménez Moreno, Luis González y Enrique Krauze, como se verá. En este sentido puede decirse que Ramos, inspirado en Ortega y Gasset, tiene razón.

Pero en el ámbito literario, el asunto será abordado, entre broma y veras, por José Luis Martínez en su ensayo “Problemas de la historia literaria”, publicado en 1946. Aquí se observa claramente la recepción de los textos de Ortega, incluso, el valiente crítico mexicano, llena de contenido el controversial cuadro que supone la sucesión de las promociones cada quince años. Nosotros lo esquematizamos aquí con información suya. Veámoslo sin descuidar su carácter festivo:

ETAPA	LAPSO	ACCIONES
Niñez	Primeros 15 años	Enseñanzas escolares
Juventud	De 15 a 30	Aprendizaje y formación -Lecturas sugeridas en grupo -Lecturas compartidas -Descubrimiento de autores -Se aviva el instinto de creación -Formación de revistas literarias miembros de la generación que publiquen -Descubren las “envidias” imperantes en la República -Interactúan con otros grupos

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 129.

<p>Fuera del juego anterior, que en el fondo tiene mucho de verdad, José Luis Martínez considera que el primer elemento de “la vida literaria” es el individuo en tanto que individuo y que el grupo podrá ser parte de una dinámica, si las condiciones lo permiten; esto particular cohesión ideológica y operante”.<sup>75</sup> Actitud tensión el conflicto clásico entre generación y autor</p>	<p>sera el historiador Wighberto Jiménez Moreno quien adecue el método al contexto mexicano. Su estudio se en un cuaderno del Seminario de Cultura Mexicana (en 1974) bajo de <i>Enfoque generacional en la historia de México</i>. Desde entonces, son los autores, como Luis González y González Curiel, que reconocen la deuda con este historiador.</p>	<p>Periódico activo de existencias sus “obras incógnitas” en “valientemente” la presión de “irrespetuosos” que los</p>
<p>No obstante, en la reflexión teórica será el historiador Wighberto Jiménez Moreno quien adecue el método al contexto mexicano. Su estudio se en un cuaderno del Seminario de Cultura Mexicana (en 1974) bajo de <i>Enfoque generacional en la historia de México</i>. Desde entonces, son los autores, como Luis González y González Curiel, que reconocen la deuda con este historiador.</p>	<p>sera el historiador Wighberto Jiménez Moreno quien adecue el método al contexto mexicano. Su estudio se en un cuaderno del Seminario de Cultura Mexicana (en 1974) bajo de <i>Enfoque generacional en la historia de México</i>. Desde entonces, son los autores, como Luis González y González Curiel, que reconocen la deuda con este historiador.</p>	<p>Jiménez “Defensa” y “retoque completas” -Publicación de memorias -Recepción de “honorary doctorados honoríficos” -Tiempo de “servir de ingresar con pie seguro literarias”</p>
<p>El trabajo de Jiménez Moreno es interesante, aunque su pasión por el ritmo de las generaciones lo lleva a la profecía, y aventura juicios que representan una especie de “historia del porvenir”. Dice, por ejemplo, que “En 1938/40 se instauró una nueva atmósfera socio-cultural que se deterioró en 1968 y que —de acuerdo con el juicio a que vivimos— en 1976 —acaso con un estallido revolucionario— o, cuando más, cuando</p>	<p>sera el historiador Wighberto Jiménez Moreno quien adecue el método al contexto mexicano. Su estudio se en un cuaderno del Seminario de Cultura Mexicana (en 1974) bajo de <i>Enfoque generacional en la historia de México</i>. Desde entonces, son los autores, como Luis González y González Curiel, que reconocen la deuda con este historiador.</p>	<p>Jiménez “de ser invitado a la academia y de aguardar la muerte”</p>

<sup>75</sup> José Luis Martínez, “Problemas de la historia literaria”, en *Problemas literarios*. México, Conaculta, 1997, p. 32.



1980”.<sup>76</sup> La predicción, como pretendía don Wigberto, no se cumplió, como tampoco se cumplió el sueño de miles o millones de marxistas en todo el mundo, según el cual, el imperio Yanqui tenía los días contados, porque así lo predecían las leyes de la historia, incluido el famoso libro de Lenin *El imperialismo: fase superior del capitalismo*, cuya tesis central sostenía que las naciones imperiales se aniquilarían entre sí. Y es que el lindero entre esplendor y decadencia no siempre está muy claro. En este sentido, es verdad trivial decir que la decadencia de Roma duró mil años.

Otro dato curioso en el estudio de Jiménez Moreno es el aspecto conjetural. El autor observa que en 1753 Miguel Hidalgo, a la edad de 14 años, vivió la expulsión de sus maestros jesuitas de la Nueva España y que “De ahí en adelante él pensó hacer exactamente lo que había hecho el gobierno español con sus educadores, en el momento en que se llevara a cabo la independencia”.<sup>77</sup> Aquí la pregunta consistiría en averiguar si en 1753, a los 14 años, Hidalgo pensaba en la Independencia, o si ya sabía que él sería el prócer de tan alta faena. Otro caso conjetural acontece con la figura de Juárez ya que, según Wigberto Jiménez, “tenía 25 en 1831, cuando Guerrero fue fusilado cerca de Oaxaca. En 1867 mandó fusilar a Maximiliano. Aunque no se advierta, pudo haber relación entre los dos sucesos: se vengó a Guerrero, víctima de ‘monarquistas’”.<sup>78</sup>

Desde luego, si se explora (y explota) la idea del ritmo de la historia y se supone, además, que unos sucesos son *causa* y otros *consecuencia* se encontrará que lo primero explica a lo segundo y viceversa, y que todo se relaciona con todo, pero el azar rige buena parte de los cambios y la predicción se alimenta de las intuiciones, algunas son, a veces, muy afortunadas, pero no deben tomarse como *método*.

Por otra parte, el estudio de Jiménez Moreno retoma especialmente las tesis de Ortega y Gasset quien, a su juicio, “esboza con mayor claridad este enfoque histórico-sociológico de las generaciones”.<sup>79</sup> En seguida, ajusta los intervalos generacionales a 13 años, a diferencia de Ortega que, como hemos visto, los establece en 15. Las razones del cambio se deben, según el autor, a “un caso de relativa precocidad de nuestro pueblo, que podría explicarse, tal vez, por razones biológicas”.<sup>80</sup> Acto seguido, fijará cuatro criterios para la demarcación de un grupo: 1. El año de nacimiento frente a los hechos que en él ocurran; 2. El momento en que se empieza a figurar (entre los

<sup>76</sup> Wigberto Jiménez Moreno, *Enfoque generacional en la historia de México*. México, Seminario de Cultura Mexicana, 1974, p. 6.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 11.

25 y 30 años); 3. El momento en que se empieza a tomar el poder, según la actividad de cada quien (entre los treinta y los 60), y 4. “El momento en que una generación como tal deja de actuar decisivamente”, esto es de 58 a 63 en adelante. Sigue la clasificación de los grupos, especialmente políticos, en México, desde 1690 hasta 1970. Se trata de un estudio minucioso en el cual se asocia a los individuos con los movimientos culturales y revolucionarios; para ello se establece una curiosa nomenclatura. Así, por ejemplo, a la Ilustración mexicana, que va de 1690 a 1759, corresponden cinco promociones: preilustrada, protoilustrada, pleniilustrada, epiilustrada y postilustrada. Este análisis de filigrana resulta interesante aunque, como siempre, establecer las diferencias entre un autor o personaje político “proto” o “pleni” ilustrado nos podría llevar a la esquizofrenia. Esto en literatura es muy difícil de hacer. A pesar de ello, como ya se ha dicho, el trabajo de Jiménez Moreno es pionero en el ámbito de los estudios históricos en México. No en vano continúan la veta dos investigadores de relieve: Luis González y Enrique Krauze.

68

A González y González corresponde poner en práctica, *in extenso*, los hallazgos de Wigberto Jiménez en un texto ya clásico: “La ronda de las generaciones”. Para empezar, el autor solicita la comprensión, o aquiescencia, del lector en torno a la teoría generacional, ya que seguirá sus presupuestos. Por lo tanto se le pide: 1) que admita que los cambios históricos se realizan a partir de la acción de las “minorías rectoras, grupos de hombres egregios, asambleas de notables [...]”;<sup>81</sup> 2) que acepte lo dicho por Ortega en cuanto a que estas minorías “no duran más que las existencias individuales que las componen ni suelen mantener su hegemonía plena por un periodo mayor de quince años”, después del cual habrá de surgir una nueva, de acuerdo con las etapas orteguianas: infancia, juventud, madurez, segunda madurez, vejez, senilidad; 3) que convenga en la partición de seis generaciones en un lapso que va de 1856 a 1958. Dicho ordenamiento queda del siguiente modo:

1. Pléyade de la Reforma o generación de Juárez.
2. Generación *tuxtepecadora* o compañeros de Porfirio Díaz.
3. “Los científicos” o camada de Limantour.
4. La centuria azul o generación modernista.
5. “Los revolucionarios de entonces” al estilo Obregón y Vasconcelos.
6. “Los revolucionarios de ahora” o equipo generacional de 1915.

Sigue un examen minucioso de estas agrupaciones en los diversos ámbitos de la vida social: político, religioso, académico, literario, etcétera. De este

<sup>81</sup> Luis González y González, “La ronda de las generaciones”, en *Todo es historia*. México, Cal y Arena, 1989, p. 127.

análisis, Luis González y González extraerá quince conclusiones, de gran interés, sobre algunas características comunes a las “minorías rectoras” en la historia de México. Así, encuentra que los miembros de las agrupaciones, en su gran mayoría, proceden de la clase media y son de origen urbano, predominando la ciudad de México u otra metrópoli importante de provincia. Relacionado con lo anterior, conjetura que las elites no conviven con la muchedumbre iletrada del país, ya que desde la niñez empiezan a formar la comunidad personal con sus pares y, por último, el autor observa que la figura del caudillo, el guía, el *duce* o el *führer* no aparece tan clara en nuestras generaciones.<sup>82</sup> Esto último es de esperarse en virtud de que en el trabajo del autor convergen diferentes disciplinas y gran número de agrupaciones, pero en el desarrollo de la literatura, como lo ha visto José Luis Martínez, el caudillo es una figura emblemática.

69

Un dato curioso adicional es el relativo a que, según Luis González, “ninguna de las minorías rectoras de México ha alcanzado rango internacional ni como grupo ni individualmente”. El autor habla de los estadistas, de los economistas que no han dejado impronta allende las fronteras del país. Fuera de todo chovinismo, habría que subrayar la idea según la cual, la literatura mexicana ha influido de manera permanente, y esto a partir del modernismo, por lo menos en el ámbito hispanoamericano. De hecho, y sin afán de ser reduccionistas, sólo hay dos países —en Hispanoamérica— con una fuerte tradición literaria: México y Argentina. Chile tiene dos premios Nobel, Guatemala uno, Colombia otro, Nicaragua es un país con un literato, al grado de que (otra vez pedimos perdón por el exceso) si el país nica desapareciera, acaso sólo quedaría la memoria de Rubén Darío.

En México, hay figuras internacionales como Pedro Henríquez Ureña (aunque dominicano se formó y formó gente aquí),<sup>83</sup> Alfonso Reyes, Octavio Paz,

<sup>82</sup> El autor, sin embargo, hace una lista progresiva de notables a lo largo de estas seis generaciones; dice: “Algunos llegaron a valer tanto (los Lerdo, Juárez, Ramírez, Altamirano, Porfirio Díaz, Sierra, Limantour, Bernardo Reyes, Rabasa, Bulnes, Madero, Obregón, Calles, Vasconcelos, Antonio Caso, Orozco, Rivera, López Velarde, Cárdenas, Alemán, Lombardo, Daniel Cosío, Torres Bodet, Gorostiza, Novo, etc.), que consiguieron jefaturar, o casi, algunas élites de las minorías, que no la totalidad de éstas [...] Tampoco se ve por ninguna parte un guía único de oriundez extranjera o extrahumana. Es indudable la veneración que en diversos periodos ha gozado Víctor Hugo, Augusto Comte, Herbert Spencer, Emile Sola, Charles Darwin, Baudelaire, Alain Kardec, Henri Bergson, Bertrand Russell, José Ortega y Gasset, Carlos Marx, Sigmund Freud, Nietzsche, William James, John Dewes y otros. Como quiera, de ninguno de éstos ni de otros se puede decir que se hayan posesionado totalmente del alma de los protagonistas nacionales”. (*Ibid.*, p. 208.)

<sup>83</sup> Ernesto Sábato recuerda con emoción la figura del dominicano, quien debió huir a Argentina, presumiblemente por diferencias con Vasconcelos: “En la época en que cursaba el

Juan Rulfo, Carlos Fuentes. Pero no sólo hay figuras, hay tradición, lo cual implica que hay un devenir prehispánico, colonial, decimonónico y moderno (o sea siglo XX), en el que parecen confluír y amalgamarse lo de dentro con lo de fuera, lo antiguo (precolombino) con lo nuevo (occidental). Por último, en términos de “minorías rectoras” la del Ateneo de la Juventud, la de Contemporáneos, la agrupada en las publicaciones *América y Poesía de América* —por citar unas cuantas— difundieron su obra y compartieron páginas con autores internacionales. Entonces sucede, más bien, que en la literatura las influencias no ocurren de manera inmediata, como podría suceder en el ámbito de la política; se dan, en muchos casos, de manera decantada, depurada y, con frecuencia, en sentido oblicuo.

70 Pero volviendo al método, Enrique Krauze es otro de los historiadores que sigue a Jiménez Moreno. En su ensayo “Cuatro estaciones de la cultura mexicana” se ocupa de cuatro generaciones del siglo XX, a las que observa frente a la diversidad de actividades que llevan a cabo sus integrantes. Así pues, hace el inventario de historiadores, arquitectos, escultores, científicos, juristas, literatos, etcétera. Los grupos que estudia son:

1. La generación de 1915 (nacidos entre 1891-1905), a quienes corresponde la “fundación” y el “autoconocimiento”, o “autognosis”, dirá Luis González.
2. La generación de 1929 (1906-1920), que se caracteriza por la paradoja de la rebeldía y la institucionalidad; actitudes que fueron también de José Vasconcelos.
3. La generación de Medio Siglo (nacidos entre 1921 y 1935), que asumen la crítica y el cosmopolitismo como bandera y modo de ser.
4. La generación de 1968, que oscila, según el autor, entre la militancia y el conocimiento.

primer año, supimos que tendríamos como profesor a un ‘mexicano’ que en rigor era puertorriqueño [sic]. Y se me cierra la garganta al recordar la mañana en que vi entrar a la clase a ese hombre silencioso, aristócrata en cada uno de sus gestos que con palabra mesurada imponía una secreta autoridad: Pedro Henríquez Ureña. Aquel ser superior, tratado con mezquindad y reticencia por sus colegas, con el típico resentimiento de los mediocres, al punto que jamás llegó a ser profesor titular en ninguna de las facultades de letras.

A él debo mi primer acercamiento a grandes autores, y su sabia admonición que aún recuerdo: “donde termina la gramática empieza el gran arte”. (Ernesto Sábato, *Antes del fin*. México, Seix Barral, 1999.) También recuerda cómo el maestro se desgastaba en “tareas menores”, corrigiendo trabajos escolares y le pregunta: “¿Por qué, Don Pedro, pierde tiempo en esas cosas?” A lo que respondió: “Porque entre ellos puede haber un futuro escritor”. (*Ibid.*, pp. 47-48).

Asimismo, de estos cuatro momentos hace un estudio que se rige por la idea que él tiene de la generación. Sus planteamientos se alejan del dogma y habrán de ser muy valiosos para el desarrollo de la presente investigación. Krauze dice que “Existen ámbitos específicamente culturales en los que la teoría generacional funciona dentro de sus limitaciones propias”.<sup>84</sup> Este ámbito, en México, se observa, en la entropía de nuestro desarrollo cultural centralizado en la capital del país y en algunas metrópolis de provincia. Otro factor es el paternalismo de Estado frente a los artistas. El apoyo se recibe a través de múltiples instituciones; para muestra, habría que ver en el tiempo presente cómo el Conaculta, la SEP y las universidades alojan a centenares de promociones. Lo anterior nos lleva a visualizar la cultura mexicana como un “árbol genealógico con claras y no muy frondosas ramificaciones”.<sup>85</sup> De ahí que en nuestro medio la sucesión y el eslabonamiento generacional es, por lo menos hasta la década de los años cuarentas, una constante. Cosa muy distinta ocurre en países donde persiste la descentralización, como en Estados Unidos. En este país, escribe Krauze, “fuera de ciertas corrientes literarias de los años treinta y los sesenta, es difícil hablar de un árbol genealógico”.<sup>86</sup>

71

De este modo, Enrique Krauze advierte que en México es posible la aplicación del método de Ortega en virtud de las relaciones de coetaneidad suscitadas entre los personajes de nuestra cultura. Su consigna es “dime con quién andas y te diré a qué generación perteneces”. De ahí que el acontecer histórico se le aparezca como un cuadro denso que, para su estudio, requiere de las herramientas hermenéuticas del estudioso, ya que éste debe recoger “los momentos en que los hombres hablan de sí mismos, sus lecturas, su identidad, sus padres y sus hijos intelectuales”.<sup>87</sup> También dirá que se debe estar atento a las modas, a las sucesiones, a las vigencias, etcétera.

Para Krauze, el método es un instrumento de desmontaje para observar las relaciones imperantes en un devenir histórico. La imagen gráfica que evoca refiere al *Paseo dominical por la Alameda Central*, obra de Diego Rivera que no sólo sintetiza el derrotero del país sino que orienta las pesquisas de los científicos de la historia generacional en México; incluidos Wigberto Jiménez, Luis González y González, y el propio Krauze.

Finalmente, un investigador que se ha ocupado del método generacional en diversos escritos —y que sin duda es discípulo de los tres autores antes mencionados— es Fernando Curiel Defossé. En su obra *Ateneo de la Juventud*

<sup>84</sup> Enrique Krauze, “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, en *Caras de la historia*. México, Joaquín Mortiz, 1983, p. 124.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 125.

<sup>86</sup> *Idem.*

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 128.

(A-Z) estudia las periodizaciones que se han hecho de nuestra literatura y dialoga con los autores que se han ocupado de estos estudios. Sigue de cerca a Wigberto Jiménez Moreno, José Luis Martínez, Enrique Karuze y disiente de Carlos Monsiváis quien, en lugar de generaciones, prefiere ocuparse de los periodos. Curiel Defossé concluye con una lista muy interesante de “elementos para una teoría generacional”.<sup>88</sup> Éstos son:

72

1. Unir a las categorías de *coetaneidad* y *contemporaneidad* la de *contingente*: “conjunto, peña, cotarro o equipo objeto de estudio”.
2. Ampliar la nómina generacional con la de “artistas, intelectuales, políticos, empresarios y científicos con el propósito de que el corte sincrónico saque a la luz el modo, ‘toque’, estilo de toda época. De ahí que también deben incluirse al sector delincuentes, asesinos, estafadores, ladrones”.
3. “El examen de un grupo, generación, tropa protagónica demanda, al mismo tiempo, el de los grupos, generaciones, tropas protagónicas previa y posterior”.
4. Poner atención a las “simpatías” y “diferencias” de los integrantes de un grupo.
5. Estudiar también las alianzas momentáneas con otros grupos porque “No pocas veces las generaciones forman constelaciones”.
6. “El estudio generacional debe comenzar por la versión propia, autognosis, confesión de parte. De ahí la preeminencia filológica, reconstructivista”.

Curiel Defossé continúa su trabajo con el método en su obra *Elementos para un esquema aplicable a cien años (aprox.) de la literatura patria*. Esta clasificación está inspirada en el trabajo, ya antes esbozado, de Luis González “La ronda de las generaciones”, pues prácticamente ambos estudian la misma zona de fechas: 1867-1968. Por lo demás, Curiel reivindica el método “no obstante su desprestigio” y señala algunos elementos adicionales como improntas de cada grupo:

1. Especificidad: “Estética, cultural, lexical”.<sup>89</sup>
2. Imbricación: “estudio del o los equipos anteriores, posteriores y coincidentes”.

<sup>88</sup> Cf. Fernando Curiel Defossé, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*. México, UNAM, IIF, 2001, pp. LVI-LVII.

<sup>89</sup> F. Curiel Defossé, *Elementos para un esquema aplicable a cien años (aprox.) de la literatura patria*. México, UNAM, IIFL, 2001, p. 25. En adelante se resume o se hace paráfrasis de los elementos enunciados por el investigador, las páginas a que corresponde el punteo van de la 25 a la 30, de la obra aquí citada.

3. Manifiesto: comprensión de ideas literarias y extraliterarias del grupo.
4. Simpatías y diferencias internas: posiciones y/o alianzas internas.
5. Elenco total: observar la nómina de integrantes con mayor amplitud.
6. Versiones y revisiones: qué dicen de sí mismos, cómo se ven los miembros de una generación.
7. Tipo de agrupación: ver qué es entre “Asociación, sociedad, taller, cenáculo, catacumba, consejo de redacción, revista, pacto, alianza, ateneo, constelación, comité de pares, jurado”.
8. Internacionalización: que pone en juego el diálogo con escritores de la propia u otras lenguas.

Con esta aplicación, Curiel Defossé revitaliza la teoría generacional en México y también la aplica con habilidad a la esfera literaria.

73

Así, lo que hasta ahora hemos descubierto es que la reflexión sobre el tema es más abundante de lo que en principio parecía. También la aplicación intuitiva ha ocurrido desde el *remoto* siglo XIX. No obstante, como ha sucedido en España, en México ha habido oposiciones al uso de este método. Quizá la más destacada, gracias al vigor del oponente, sea la de Carlos Monsiváis y por eso vale la pena citar sus argumentos.

En su “Proyecto de periodización de la historia cultural de México”,<sup>90</sup> publicado en 1971, se opone a la clasificación por generaciones de la historia literaria en una lista de doce objeciones que aquí se resumen:

1. Por “su carácter arbitrario”.
2. Su acento mítico.
3. Su tono aislacionista.
4. Su descrédito.
5. La vocación apologética y chovinista de la cultura oficial.
6. La idea exclusiva de la Alta Cultura.
7. La incapacidad de esta teoría de ubicar figuras aisladas.
8. La incapacidad para ofrecer panoramas coherentes.
9. Falta de estudio sistemático “entre los movimientos sociales, económicos y políticos de México y la actividad cultural”.
10. Énfasis en la continuidad a partir de las influencias personales, las “reiteraciones de estilo”.
11. El mito de la insularidad.

<sup>90</sup> Cf. Carlos Monsiváis, “Proyecto de periodización de la historia cultural de México”, en *Texto crítico*, núm. 2. Xalapa, Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Facultad de Humanidades, Universidad Veracruzana, julio-diciembre, 1971, pp. 95-96.

Asimismo, en sus ya clásicas, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, aparecidas hacia 1976, Monsiváis insiste sobre la idea de que el método de Ortega propicia mitologías porque “vislumbra en la historia y en la cultura a entidades lineales y circulares”,<sup>91</sup> esto lo lleva a construir una perspectiva unitaria, una “fantasía elitista”, propia de la consolidación de la sociedad burguesa en el siglo XIX. Según Monsiváis “para los treinta” esta teoría se disuelve porque

74

La “comunidad personal” se va debilitando cuando sus fallas se vuelven demasiado advertibles: la inexistencia de una final concepción común entre los miembros de la “generación”/ la falta de acuerdo sobre un “destino temporal” idéntico/ el hecho clarificador: las contradicciones históricas vuelven irrelevantes las diferencias entre generaciones.<sup>92</sup>

Las dudas de Carlos Monsiváis anteceden a los trabajos que posteriormente desarrollaron Luis González y Enrique Krauze, trabajos que, de algún modo, dan respuesta a muchas de sus inquietudes, por lo demás bastante razonables. Así, dicho sea en términos amplios, estos autores pretenden suprimir el carácter arbitrario de las clasificaciones recurriendo a la espesura cultural de los periodos, lo que, en buena medida, evita el aislacionismo, los énfasis en la alta cultura y propicia la apertura del análisis hacia otras actividades y campos del saber convergentes. Por otra parte, el uso de la periodización generacional está muy arraigada, al grado de que ni el propio Monsiváis puede eludirla. Sus “Notas” siguen esa misma ruta: “Ateneo”, los “Siete sabios”, “Contemporáneos”, “Taller”, etcétera. Así pues, más que desechar el instrumento habría que “adecuarlo” y ver en qué condiciones funciona y en cuáles no.

Para finalizar esta crónica veamos, de modo breve, lo que dicen los poetas de sus respectivos grupos. En el caso del “Ateneo” y los “Siete Sabios” ya se ha hecho referencia a Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Manuel Gómez Morín, respectivamente. En Contemporáneos fue el poeta y ensayista Jorge Cuesta quien los delineó hacia 1933, en este famoso párrafo:

Quienes se distinguen en este grupo de escritores tienen de común como todos los jóvenes mexicanos de su edad, nacer en México; crecer en un raquítico medio intelectual; ser autodidactas; conocer la literatura y el arte principalmente en revistas europeas; no tener cerca de ellos sino muy pocos ejemplos brillantes, aisla-

<sup>91</sup> Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *Historia general de México*. México, El Colegio de México, 1987, t. II, p. 1396.

<sup>92</sup> *Ibid.*, pp. 1396-1397.



dos, confusos y discutibles; carecer de estas compañías mayores que decidan desde la más temprana juventud un destino.<sup>93</sup>

Luego dirá que uno de los rasgos que unen al grupo son su sentido de la reflexión y la crítica, procesos que los llevan a una especie de escepticismo, ya que “Su virtud común ha sido la desconfianza y la incredulidad”. ¿Quiénes son estos autores? Jorge Cuesta los enumera: Carlos Pellicer, Enrique González Rojo, Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Gilberto Owen, Celestino Gorostiza y Rubén Salazar Mayén. A todos ellos, aparte de su sentido de la crítica, los distingue la soledad y la “actitud de pobreza” que los impele a no *robar* a nadie sus hallazgos. Esta *honestidad*, digamos, se transforma en “decepción” para la historia y para su propia causa. Escribe Cuesta:

75

Es maravilloso cómo Pellicer decepciona a nuestro paisaje; cómo Ortiz de Montellano decepciona a nuestro folklore; cómo Salvador Novo decepciona a nuestras costumbres; cómo Xavier Villaurrutia decepciona a nuestra literatura; cómo Jaime Torres Bodet decepciona a su admirable y peligrosa avidez de todo lo que le rodea; cómo José Gorostiza se decepciona a sí mismo; cómo Gilberto Owen decepciona a su mejor amigo.<sup>94</sup>

De este modo, a ojos de Cuesta, su grupo es, hasta cierto punto, crítico, introvertido, humilde, cortés, y vive en la “pobreza” y el “desamparo”; esto último, al menos, como postura vital. No obstante, el retrato no es tan fiel. Contemporáneos, dicho sea sin menoscabo de su talento, contó casi siempre con el apoyo oficial. Muchos de sus integrantes desempeñaron puestos públicos en el gobierno; fue el caso de Torres Bodet, José Gorostiza y Salvador Novo.<sup>95</sup> El favor oficial, por otro lado, no es una mancha si se considera, como lo ha señalado Luis González, que en México el Estado ha sido el principal *benefactor* de la cultura.

Por lo que respecta al grupo de *Taller*, Octavio Paz, su integrante más destacado, asume una postura muy favorable a la teoría generacional:

<sup>93</sup> Jorge Cuesta, “Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia”, en *Poesía y crítica*. México, Conaculta, 1991, p. 273. Otra cala sobre la generación aparece en el prólogo a la *Antología de la poesía mexicana moderna* (México, SEP, 1985); Cuesta escribe: “Los grupos, las escuelas, se disuelven; sólo quedan los individuos que las han superado” (p. 40).

<sup>94</sup> J. Cuesta, “Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia”, en *op. cit.*, p. 275.

<sup>95</sup> Sin embargo, no se debe olvidar el ataque al grupo de Contemporáneos por algunos medios oficiales —y oficiosos—, incluida la cauda beligerante del estridentismo, por sus preferencias sexuales. Dicha asonada implicó renunciaciones y reacomodos laborales de algunos miembros del grupo (Cf. Evodio Escalante, *Elevación y caída del estridentismo*. México, Conaculta, 2002, *passim*.)

Una generación literaria es una sociedad dentro de una sociedad y, a veces, frente a ella. Es un hecho biológico que asimismo es un hecho social: la generación es un grupo de muchachos de la misma edad, nacidos en la misma clase, y el mismo país, lectores de los mismos libros y poseídos por las mismas pasiones y los mismos intereses estéticos y morales.<sup>96</sup>

También son conocidas sus ideas respecto a su promoción frente a Contemporáneos:

76

jamás vimos la palabra como “medio de expresión”. Y esto —nuestra repugnancia por lo literario y nuestra búsqueda de la palabra “original”, por oposición a la palabra “personal”— distingue a mi generación de la de Contemporáneos. La poesía era actividad vital más que ejercicio de expresión.<sup>97</sup>

Esta curiosa fórmula, a nuestro juicio, no es una marca que distinga a los dos grupos de poetas; quizá las diferencias, en principio, se deban a la brecha temporal. El mismo Paz reconoce que hubo colaboración entre los poetas: “desde el primer número, Xavier Villaurrutia fue un constante colaborador de *Taller*. También publicaron con frecuencia en la revista Jorge Cuesta, Carlos Pellicer; Bernardo Ortiz de Montellano”.<sup>98</sup>

En conclusión, el recorrido precedente nos muestra las peripecias de un método, que si bien no convence a todos, tampoco ha dejado de usarse con más o menos acierto. A estas alturas es difícil proscribirlo, aunque sería saludable que su aplicación fuera menos rígida o con cierta dosis de escepticismo.

En este sentido, el uso del término “generación” aludirá, para efectos de esta investigación, a un “equipo” o promoción, como sugiere Escarpit. También evocaremos a Krauze cuando observa que el método debe emplearse sin dogma, reconociendo que no hay “generaciones perfectas”, que siempre habrá autores “inclasificables” o expectantes de un grupo. También consideramos oportuno subrayar que todo estudio de esta índole debe observar el tejido cultural que suscita el contexto. Ésta ha sido la base sobre la que han fincado sus estudios Jiménez Moreno, Luis González, Enrique Krauze y Fernando Curiel.

<sup>96</sup> Octavio Paz, “Antevispera: ‘Taller’ (1938-1941)”, en *Generaciones y semblanzas*. México, FCE, 1987, t. I, p. 119.

<sup>97</sup> Octavio Paz, “Poesía mexicana moderna”, en *Las peras del olmo*. Barcelona, Seix Barral, 1990, p. 56.

<sup>98</sup> Carta de Octavio Paz a José Emilio Pacheco en “Inventario. Posdata. Revueltas, Paz, *Taller y Contemporáneos*”, en *Diorama, Excelsior*. México, 30 de mayo de 1976, p. 14.

## La Generación de Medio Siglo

El historiador Wigberto Jiménez Moreno llamó “Generación de Medio Siglo” a una promoción amplia de personajes que, en principio, tienen en común el haber desarrollado una obra en la década de los años cincuentas del siglo XX. Tomó el nombre de una revista homónima que publicaron Carlos Fuentes y Porfirio Muñoz Ledo en la Facultad de Derecho de la UNAM.<sup>99</sup> Esta nominación tuvo éxito y pronto la crítica literaria la hizo suya. Así, por ejemplo, Carlos Monsiváis descubre en ella “la precisión y la vaguedad necesarias” para referirse al periodo. Sin embargo, aunque la frase es económica, es más bien *vaga* que *precisa*, y cualquier estudio que se pretenda sobre esa década, habrá de aproximarse con cuidado a los autores y a las obras en cuestión.

77

En este tenor, nuestro propósito, en las siguientes páginas, consistirá en observar el contexto o serie histórica de la década; después se verán algunas manifestaciones culturales y, por último, aparecerán los grupos literarios y, dentro de ellos, los ocho poetas mexicanos.

Se atribuye la paternidad del concepto “serie” al formalista ruso J. Tinianov, quien, en su ensayo “Sobre la evolución literaria” trata de responder a esta pregunta: “¿cómo y en qué la vida social entra en la literatura?” y luego se responde: “La vida social entra en correlación con la literatura ante todo por su aspecto verbal”.<sup>100</sup> Esta sencilla conclusión parece inobjetable, el asunto estaría en ver cómo el lenguaje *expresa* los elementos sociales, y, a la inversa, habría que explicar los mecanismos de influencia de la obra en la época.

Por lo pronto, Tinianov advierte zonas de influencia, o series, contiguas a la obra literaria. Tanto Helena Beristáin como Angelo Marchese, en sus respectivos diccionarios, han imaginado esta correlación a manera de círculos concéntricos. De este modo, las series se organizarían desde lo más general hasta lo específico, como se observa en esta enumeración decreciente:

4. Serie histórica: elementos socioeconómicos.
3. Serie cultural: manifestaciones artísticas que, en conjunto, conforman la visión de mundo (*Weltanschauung*).

<sup>99</sup> La revista se publicó entre 1953 y 1957; en ese lapso salió de escena tres años para reanudarse en 1956. En la nómina de sus colaboradores aparecen, entre otros, Juan Bañuelos, Salvador Elizondo, Sergio Pitol y Raymundo Ramos. “En la primera entrega de la segunda época —consigna Armando Pereira— se aclara que la revista tiene como propósito ser un espacio de expresión para los jóvenes interesados en analizar a la sociedad”. (Armando Pereyra, ed., *Diccionario de literatura mexicana*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000, p. 218.)

<sup>100</sup> J. Tinianov, “Sobre la evolución literaria”, en Tzvetan Todorov, ed., *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México, Siglo XXI, 1987, p. 97.

2. Serie literaria: promociones de escritores, géneros, estilos, etc.
1. Obra: texto en sí como estructura y sistema.<sup>101</sup>

Así, para nuestros fines, y a partir del cuadro precedente, se empezará por reconocer algunos datos históricos de la década.

78

Al periodo comprendido entre 1940 a 1968 se le conoce como “El milagro mexicano”, o la etapa del “desarrollo estabilizador”, en virtud de que nuestra economía creció como nunca en la historia reciente del país. Dicho crecimiento fue acompañado de la “estabilidad” y la “paz social” alcanzadas, luego de una década de lucha armada (1910-1920) y de 14 años en los que priva el enfrentamiento entre caudillos (1920-1934). Con la expulsión de Plutarco Elías Calles, a quien Cárdenas amablemente le costeó un boleto de avión al extranjero, empezó la verdadera institucionalización no sólo de las dependencias de gobierno, sino de la vida nacional en pleno. Todo ello se reflejará en políticas sociales cuyo objetivo será integrar a los marginados al conjunto de la nación.

Cuando Cárdenas dejó la presidencia, la Revolución ya había rendido sus primeros frutos en el reparto agrario, en el fomento a la soberanía<sup>102</sup> a través de la expropiación petrolera en 1938, en el fortalecimiento de la estructura de poder, como la figura del *señor presidente*, que habrá de imperar sobre las facciones y los intereses de grupo en pro de un gran proyecto. Ese “proyecto” se convirtió en una utopía que, como todas las que ha habido en la historia fue rebasada, si no derrotada por la realidad. La indulgencia con los pobres fue y ha sido un propósito noble, pero de logros ínfimos. Lo sabemos hoy cuando, de cien millones de mexicanos, setenta están en la pobreza y cincuenta millones en condiciones extremas de miseria: eso sí, frente a un dos por ciento de la población que forma parte del *jet set*.

Pero la utopía cardenista ni siquiera aguardó las veleidades del tiempo: fue debilitada, en la práctica, con el cambio de mando sexenal; primero durante la presidencia de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) y prácticamente liquidada en el gobierno de Miguel Alemán (1946-1952), el “cachorro” mayor de la Revolución. En este sentido, Ávila Camacho llegó al poder con el

<sup>101</sup> Cf. “Serie”, en Angelo Marchese y Joaquín Forradellas, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona, Ariel, 2000.

<sup>102</sup> También resulta memorable la solidaridad del gobierno de Cárdenas con la República española, y su política en favor del exilio para un importante número de combatientes por la libertad y la democracia cuando ésta fue sustituida por la dictadura franquista. “A su llegada a México —consigna Armando Pereira— fundarían La Casa de España, dirigida por Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, que en 1940 se convertiría en El Colegio de México”. (Armando Pereira, *La generación de medio siglo: un momento de transición de la cultura mexicana*. México, UNAM, IIFL, 1997, p. 19.)

propósito de apaciguar los ánimos de los empresarios y los grupos confesionales y derechistas en general que veían con horror el sesgo gubernamental hacia el “socialismo”. Así que se ganó al empresariado a través de las concesiones y las prebendas, de modo que los hombres de negocios dejaron de coquetear con el pequeño PAN de entonces y decidieron “aprovechar la oportunidad”, incluso pasaron a ocupar “altos puestos políticos”,<sup>103</sup> en virtud de que el “Presidente Caballero” no había caído en los “errores” (de omisión y exclusión inconfesables) del anterior.

Con un gobierno proclive al empresariado (pero no a un empresariado competitivo a la manera de los tigres de Asia, sino más bien mimado y corrupto), la política económica continuó sus avatares durante el sexenio de Miguel Alemán. A lo mejor este personaje es el segundo más célebre de cuantos presidentes tuvo el México del siglo XX (el primero desde luego es Cárdenas). Su visión del país es la que ha permanecido, respondiendo, desde entonces, a un interés minoritario. La idea del político y magnate (bien peinado y trajeado, y a veces con título universitario) se afianza en ese periodo, de tal modo que se funden (y confunden) la *res-pública* y la *“res-privada”* en un solo y magro negocio (cualquier parecido con el presente es mera imaginación del lector). No en vano, aún hoy es tan festejado por un sector que comparte su doctrina y los beneficios que de ella se derivan. Sobre este personaje, José Agustín pinta el siguiente cuadro:

79

Alemán no sólo nos dio el charrismo, sino que también nos regaló el guarurismo nacional, y él mismo se rodeó de abultados guardias nacionales, lo cual hizo que los demás funcionarios pronto lo imitaran. Ya entonces también se podía advertir que, además de sus íntimos (llamados el “gabinete paralelo”), los beneficiarios del grupo de Miguel Alemán era el grupo de empresarios conocidos como la “Fracción de los Cuarenta” (todos ellos hicieron sus fortunas en esa década), y quizá por eso a la gente le gustaba referirse a “Alí Baba y los cuarenta ladrones”. Jorge Pasquel y Melchor Perrusquía eran empresarios muy cercanos al presidente, al igual que Bernardo Quintana, Bruno Pagliai, Eloy Vallina, Carlos Hank González [de quien el obispo primado de México, monseñor Rivera Carrera, dijo al momento de su muerte, palabras más o menos, que Dios lo puso donde había y él supo servirse], Gastón Azcárraga, Rómulo O’Farril, Gabriel Alarcón y Carlos Trouyet. De todos estos magnates con el tiempo surgieron los poderosos grupos ICA, Comermex, Atlántico e Industria y Comercio, además de que, años después, Alemán y sus amigos llegaron a tener un gran control de los medios de comunicación a través de empresas como Televisa.<sup>104</sup>

<sup>103</sup> Cf. José Agustín, *Tragicomedia mexicana*. México, Planeta, 1990, t. 1, p. 18.

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 90.

Esta herencia habrá de ser, con más o menos intensidad, la constante en los gobiernos del PRI hasta el año 2000 en que dejaron la presidencia. En este sentido, no se podría decir que los sexenios posteriores, el de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) y el de su tocayo Adolfo López Mateos (1958-1964), fueran, precisamente, de austeridad republicana. Hubo discursos, eso sí, que denunciaban la corrupción, pero ante todo privó el interés de la clase gobernante por mantenerse en el poder a cualquier precio. Esto incluyó la represión de los partidarios de Juan Andrew Almazán durante el conflicto postelectoral de 1940, con un saldo de 30 muertos y 157 heridos; la irrupción en la huelga de los ferrocarrileros en 1959, el encarcelamiento de Demetrio Vallejo y, por último, el drama del 68.<sup>105</sup>

80

Por otra parte, los cambios en la “estructura social”, consignan los historiadores Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, influyen el incremento poblacional. “En 1940 —escriben— México era un país relativamente poco poblado, con 19.6 millones de habitantes [...], en 1975 México tenía ya 60 millones de habitantes y al iniciarse el decenio de los ochenta había más de setenta millones de mexicanos”.<sup>106</sup> O sea que, en menos de 35 años, el país triplicó su población. ¡Fenómeno insólito! Pero los datos continúan. “En 1940 —agregan los historiadores— apenas el 7.9% de los mexicanos vivía en ciudades de más de un millón de habitantes; veinte años después el porcentaje había subido a 18.4, en 1970 a 23 por ciento y la tendencia se mantenía”.<sup>107</sup>

De este modo, durante el “milagro mexicano” (1940-1968) se incrementa la población del país y crecieron los núcleos urbanos. Especialmente la ciudad de México. Hubo, asimismo, un despegue de la clase media que se empleaba en las instituciones de enseñanza, como en la UNAM, el Politécnico, en las dependencias gubernamentales y en las empresas que emergían como con-

<sup>105</sup> La escena que recrea José Agustín, en este incidente parece ser la radiografía de la política mexicana durante buena parte en que rigió el partido de Estado. Escribe este conocido novelista: “En diciembre de 1968, el diputado del PAN José Castillo Molina subió a la tribuna de la cámara de diputados e insultó con gusto a Miguel Alemán, a Ruiz Cortines y a López Mateos. Ningún priísta quería contestarle y José Ortiz Ávila tuvo que hacerlo, pero Carrillo Molina, desde su curul, le mentaba la madre con señas y le sacaba la lengua. Exasperado, Ortiz Ávila le advirtió: ‘Lo que dije en la tribuna lo sostengo con el cañón de mi pistola’. Y blandió su arma. Castillo Molina mejor se fue. Ortiz Ávila se emborrachó pensando que se había arruinado políticamente, pero, por el contrario, el Secretario de Gobernación Díaz Ordaz y el presidente lo felicitaron. Casi un año después, se supo que Castillo Molina pensaba interpelar a López Mateos en el informe presidencial. El asunto se le encomendó a Ortiz Ávila, quien lo arregló al sentarse junto a Castillo con la pistola bien visible”. (*Ibid.*, p. 173).

<sup>106</sup> Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*. México, Cal y Arena, 2002, p. 206.

<sup>107</sup> *Idem*.

secuencia del incremento de la producción industrial, merced al auge del comercio exterior, especialmente con Estados Unidos. En este sentido, si durante el gobierno de Cárdenas se inició su despegue, fue durante los sexenios de Ávila Camacho, Miguel Alemán y Ruiz Cortines cuando se incrementó la movilidad social e incluso se creó “un imaginario” en el que el bienestar se tradujo en una actitud proclive al modo de vida estadounidense y, por ende, se rechazaba el “comunismo”. Se vivía en el ensueño y bajo la consigna de que las cosas eran inmejorables, con la aplicación de la sencilla fórmula: estudio, trabajo, vacaciones (en Acapulco) y “realización” mediante el matrimonio. Esta manera rosa de ver el mundo, “mentalidad colonizada” de por medio, es lo que se puso en crisis en 1968, pues los sucesos de este año quebraron la esperanza en el porvenir gozoso y el *sueño mexicano* se convirtió en pesadilla.<sup>108</sup>

El crecimiento de la población, asimismo, fomentó la nueva cultura de masas que empezaba a vertebrarse en la década de los años cincuentas, con el despegue de la televisión, los anuncios publicitarios espectaculares, el uso de aparatos electrodomésticos que hacían la vida más amable, etcétera. Es decir, que la sociedad mexicana entraba de lleno al consumo. Así lo prueba la importación de las *fiestas* angloamericanas que alteraron desde entonces, y para siempre, nuestro ritmo de compras. De este modo, el día de muertos y los ritos de las ofrendas han tenido que competir —y desaparecer paulatinamente— con la “noche de brujas”. También *Santa Claus* ha opacado el eterno peregrinar de los Reyes Magos.

La cultura popular se benefició ampliamente con el desarrollo de la radio en las décadas de los cuarentas y cincuentas. Las estrellas de entonces, recuerda José Agustín, fueron Francisco Gabilondo Soler (Cri-Cri), Agustín Lara (artista que sustituye a los poetas modernistas en el gusto del pueblo, según Carlos Monsiváis) y Chava Flores, que aplica la psicología de masas en sus canciones para describir los vicios del mexicano. Pero también es parte del elenco el cantautor José Alfredo Jiménez, el hombre que jamás tuvo trono ni reina, pero siguió siendo el rey. El hombre que pregonó su desencanto con “La vida no vale nada”, que supo hacer llorar a los “machos” porque al llorar reafirman su hombría. Pero José Alfredo tuvo como antípoda en el ronroneo machista a una ilustre antecedente: Lucha Reyes, mujer de “pelo en pecho” quien, como celebra José Agustín: “contenía en sí todo el México bronco que estaba dispuesto a desayunar huevos a la mexicana espolvoreados con pólvora y que no se quitaba la pistola ni para dormir”.<sup>109</sup> Las que le

<sup>108</sup> Cf. Gabriel Careaga, *Mitos y fantasías de la clase media en México*. México, Cal y Arena, 2002, pp. 56-67.

<sup>109</sup> J. Agustín, *op. cit.*, t. 1, p. 30.

siguieron fueron, a excepción honrosa de Chavela Vargas, un poco más sosegadas, fue el caso de las intérpretes Lola Beltrán (“La Grande”) y Lucha Villa, dueña de un timbre donde se interceptan las dos potencias del ser. Lucha Villa, por desgracia, perdió el lenguaje y la voz en las manos torpes de un cirujano plástico.

Pero la comidilla mayor, en un ambiente acostumbrado a crear ídolos (y fetiches), ocurre con el enlace de dos estrellas carismáticas. El de Agustín Lara con “La Doña”. José Agustín lo describe así: “Lara llegó a la cúspide de su popularidad cuando se hizo celeberrimo su romance con María Félix. Esta nueva versión de la Bella y la Bestia, o del Triunfo del Espíritu sobre la Materia conmocionó al público mexicano”.<sup>110</sup>

82

Por otro lado, entre los años cuarentas y cincuentas, el cine mexicano adquirió talla internacional en virtud de la construcción de ciertos iconos para el consumo interno, pero que resultaron de interés fuera de nuestras fronteras. La lista de las figuras es amplia. Descuellan Dolores de Río y Pedro Armendáriz con *María Candelaria*; María Félix, que encarnó en la pantalla y fuera de ella a *Doña Bárbara*; el Indio Fernández, con *Enamorada* y, sobre todo, Pedro Infante, con *Tizoc* y *Nosotros los pobres*, máximo ídolo popular que hundió al país en el luto con su muerte trágica ocurrida en 1957. Asimismo, en el ámbito de lo cómico destacan Germán Valdés, Tin Tan, y Mario Moreno “Cantinflas”, hombre de talento indiscutible a quien el mismísimo Chaplin considerara el mejor del mundo. Papel destacado, asimismo, ocupará la producción cinematográfica de Luis Buñuel, con obras como *Viridiana*, *Los olvidados* y *El ángel exterminador*.

En el ámbito de la pintura, descuella la escuela mexicana de los muralistas con tres figuras estelares como Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros. Todos ellos imaginaron un arte popular, revolucionario, al servicio de las mayorías, mismo que se puso en práctica a partir de 1921, con la llegada de José Vasconcelos a la Secretaría de Educación y que habría de continuar vivo por lo menos hasta los años sesentas, con la muerte de Rivera. Los “tres grandes” tuvieron como precursor a Santurnino Herrán, quien, según Jorge Alberto Manrique, imaginó “una pintura que representara las aspiraciones y el carácter nacionales”.<sup>111</sup>

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 30.

<sup>111</sup> Jorge Alberto Manrique, *Arte y artistas mexicanos del siglo xx*. México, Conaculta, 2000, p. 16. Asimismo, José Clemente Orozco, en su *Autobiografía* (México, Conaculta, 2002) comenta que en 1922 la escuela muralista se encontró con “la mesa puesta”, pues estaban dadas las condiciones para recuperar lo indígena y unirlo a la lucha revolucionaria, “obrerismo incluido”. Considera que el aire popular también se respiraba en la música, pues hacia 1913, Manuel M. Ponce descubría su significación. También habla del sindicato de pintores y escultores que formaron Diego Rivera, Xavier Guerrero, el propio Orozco y David Alfaro Siqueiros, a



Esta concepción del arte de masas fue rechazada por los pintores jóvenes de la década de los cincuentas, quienes inauguran un “Renacimiento” de la pintura, independientemente de proyectos y políticas públicas. Destacan entre los inconformes Manuel Felguérez, Alberto Gironella, Vicente Rojo, Lilia Carrillo y el egotista José Luis Cuevas.

El nacionalismo en la pintura también se refleja en la música. Manuel M. Ponce, comenta Jorge Alberto Manrique, unió a su sólida formación musical la investigación sobre las tradiciones mexicanas, “lo que le permitió componer a un nivel de modernidad y de calidad excepcionales”.<sup>112</sup> Después de él vinieron Carlos Chávez, Silvestre Revueltas, José Pablo Moncayo y Blas Galindo.

En el ámbito de las ideas, fue tentadora la búsqueda de la “independencia filosófica” a través de la inmersión y el viaje en nosotros mismos. Ya José Vasconcelos había hablado de una “raza cósmica”, peculiar y vernácula, producto de lo mejor de las mezclas entre europeos, africanos y americanos autóctonos. Esta raza se regiría por la fuerza de un espíritu superior impregnado de lo mejor de la cultura occidental.<sup>113</sup>

De algún modo, a esta línea de pensamiento corresponden los asedios posteriores sobre “lo mexicano”. Así, Samuel Ramos, en *El perfil del hombre y la cultura en México* —obra publicada en 1951— estudia la “Psicología del mexicano” a través de su historia, y encuentra, apoyándose en Alfred Adler, en aquello de que “toda infancia es destino”, que

Al nacer México, se encontró en el mundo civilizado en la misma relación del niño frente a sus mayores. Se presentaba en la historia cuando ya imperaba una civilización madura, que sólo a medias puede comprender su espíritu infantil. De esta situación desventajosa —agrega— nace el sentimiento de inferioridad que se agravó con la conquista, el mestizaje y hasta por la magnitud desproporcionada de la naturaleza.<sup>114</sup>

quien se debe la redacción del manifiesto, que supuso: “socializar el arte”, “Destruir el individualismo burgués”, “Repudiar la pintura del caballete”, “Producir solamente obras monumentales”, etcétera. Lo interesante es que por estas mismas causas habría de ser repudiada la escuela en las siguientes décadas. (Cf. *ibid.*, pp. 59-66). Por su lado, Xavier Villaurrutia escribe que José Vasconcelos, “Como un agrarista, llegó y repartió muros —iba a decir terrenos— a nuestros artistas que por un momento no ambicionaron llamarse sino, simplemente, trabajadores”. (Xavier Villaurrutia, “La pintura mexicana moderna”, en *Obras*. México, FCE, 1966, p. 754).

<sup>112</sup> J. A. Manrique, *op. cit.*, p. 23.

<sup>113</sup> Agustín Basave Benítez, en su obra *México mestizo* (México, FCE, 2002), estudia la tradición de la “mestizofilia” en autores como Andrés Molina Enríquez, el antropólogo Manuel Gamio y el propio José Vasconcelos. El mestizo será, de algún modo, pauta de identidad y promesa de futuro.

<sup>114</sup> Samuel Ramos, *op. cit.*, p. 51.

El “complejo de inferioridad” y sus manifestaciones marginales, violentas, nihilistas, abúlicas, festivas, y hasta carnavalescas será, quizá, uno de los goznes sobre los que se pretenda, desafiando a Heidegger, construir una *ontología local*. A este ímpetu no escapa, incluso, el texto más famoso de Octavio Paz, cuyo título es emblemático de un estado del espíritu solitario y enmascarado del mexicano: *El laberinto de la soledad*. El mexicano para salvarse, para ocultar sus limitaciones, se esconde detrás de una máscara. Paz lo describe mediante una serie de paradojas:

84

Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación.<sup>115</sup>

El ensayo de Paz es una hermosa construcción verbal que se leyó, y se lee, por lo que tiene de evocador, de expresión lírica y de construcción de *una idea* sobre nuestro ser.<sup>116</sup> En este sentido, la obra parece culminar, desde la perspectiva literaria, un proceso recreativo de nosotros mismos a la vez que representa un compromiso magisterial, asumido por Octavio Paz, para combatir el nacionalismo que le parece asfixiante. La obra, de todas formas, tiene un sentido “nacionalista” merced a una tradición de la que es deudora. En este sentido, el historiador David A. Brading ha mostrado la filiación romántica del texto que nos descubre, a través de un viaje al pasado, nuestra condición presente.<sup>117</sup>

Continuador de Paz y de Ramos fue Santiago Ramírez, pues él también observa que el mexicano “se mueve en un terreno inhóspito; carente de seguridad”.<sup>118</sup> Para explicarlo recurre a la historia; emprende el viaje ya no a los tiempos de la Conquista, sino a Mesoamérica y trata de entender la constitución de aquellos pueblos con los ojos de Freud. Las guerras y el sometimiento

<sup>115</sup> Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*. Madrid, Cátedra, 2002, p. 164.

<sup>116</sup> Sobre *El laberinto*, escribe Alberto Ruy Sánchez: “A diferencia de los tratados de Samuel Ramos sobre la psicología del mexicano, de Portilla sobre ‘el relajo’, de Emilio Uranga sobre la ontología del mexicano, Paz intentó más bien un ‘ejercicio de imaginación crítica’: exploración literaria de creencias ocultas, muchas veces nocivas”. (Alberto Ruy Sánchez, *Una introducción a Octavio Paz*. México, Joaquín Mortiz, 1990, p. 71.)

<sup>117</sup> Cf. David A. Brading, *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana*. México, FCE, 2002, pp. 40-50.

<sup>118</sup> Santiago Ramírez, *El mexicano, psicología de sus motivaciones*. México, Grijalbo, 2003, p. 21.

miento de unos pueblos por otros será un factor que incida en la cadena del dolor que nos acompaña hasta “hoy en día”.

Pero el lado más “serio” de “lo mexicano” fue planteado por los filósofos de Hyperión, discípulos de José Gaos. Destacan, Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Ricardo Guerra, Jorge Carrión, Jorge Portilla y Joaquín Sánchez McGrégor. En palabras de Carlos Monsiváis, este grupo pretendía erigir la filosofía como un “saber de salvación”, combatir el “complejo de inferioridad” del mexicano a través de su inserción en la cultura moderna, por oposición a las costumbres atávicas; derivar de las verdades locales una filosofía nacional y universal. No obstante, considera que *la filosofía de lo mexicano* “se disolvió en pronunciamientos semiacadémicos y en magnificaciones de banalidades (‘el mexicano es ontológicamente pendenciero’).”<sup>119</sup>

En esta línea de lo cotidiano como sustento de una filosofía de “lo nuestro” se inscribe la obra de Jorge Portilla *Fenomenología del relajó*, en ella se incluye el ensayo “Comunidad, grandeza y miseria del mexicano”, donde el autor encuentra tres factores que definen nuestro carácter: fragilidad, inactividad, ensoñación y melancolía. El mexicano recrea su pasado, huye del presente y se refugia en “lo que pudo ser”.

Sin embargo, los asedios a “lo mexicano” parecieran contrastar con la expresión literaria de la década los años cincuentas. Ante todo, en el periodo surge una amplia promoción que deja atrás algunos atavismos derivados del “México profundo” para entregarse a la creación de una obra que retoma lo mejor de las generaciones precedentes, como la del Ateneo, Contemporáneos o Taller y sin entrar en polémica con ellas continúa sus hallazgos y los expande al plano internacional.

El crítico Manuel Andrade ha señalado que “Todos o casi todos —los autores de este periodo— se formaron bajo el influjo de la poesía inglesa y francesa modernas” y que, la mayoría de ellos, asumió su labor con “una conciencia extrema acerca de la soledad en que se funda toda obra de arte”.<sup>120</sup> Además, este autor considera que la del Medio Siglo es la primera promoción que cuenta con un amplio número de escritoras que habrán de cimentar la literatura femenina en México.

Los géneros que más se cultivan son la narrativa y la poesía lírica, y en menor proporción el teatro y el ensayo, aunque hay manifestaciones importantes de estos dos últimos. El “crecimiento” de la producción literaria es deudora, como ya se ha dicho, del “auge” económico, el robustecimiento de la clase

<sup>119</sup> C. Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *op. cit.*, p. 1473.

<sup>120</sup> Manuel Andrade, “Presentación”, en Dolores Castro, *No es el amor el vuelo. Antología poética*. México, Conaculta, 1992, p. 12.

media, el incremento de la oferta cultural y el afincamiento de una tradición literaria que *prescribe* las rutas que deben recorrer los “jóvenes” creadores.

Así, en novela serán precursores importantes José Revueltas con obras como *Los muros de agua* (1941), *El luto humano* (1943) y *Los días terrenales* (1949), y Agustín Yáñez con su obra *Al filo del agua* (1947).

[Libro] clave —escribe Armando Pereira— no sólo por el hecho de haber sido considerado por la crítica como el acontecimiento más importante del país, desde la narrativa de la Revolución Mexicana, sino sobre todo porque en él confluyen y se resuelven las tendencias literarias básicas que habían marcado la década.<sup>121</sup>

86

Después de estos autores habrán de aparecer Juan Rulfo con un par de libros espléndidos y también únicos: *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). Luego Juan José Arreola publicará sus libros de relatos *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952). Asimismo habrá que mencionar al escritor guatemalteco Augusto Monterroso, dueño de un estilo prosístico impecable; renovador, además, como nadie en tiempos recientes, de la fábula. De modo que estos autores influirán en los gustos y en la técnica de los narradores más jóvenes como José Emilio Pacheco, José de la Colina, Heraclio Zepeda y Carlos Fuentes quien, hacia 1958, dará a luz *La región más transparente*, novela urbana que habrá de ser una segunda síntesis de las búsquedas tanto en la temática citadina como en la técnica narrativa de este periodo. Escribe José Agustín: “El éxito mexicano de *La región* se extendió con rapidez a Estados Unidos y a Europa y propició el surgimiento formal del horriblemente llamado ‘Boom’, o auge, de la literatura mexicana de los sesenta”.<sup>122</sup>

Asimismo, en el teatro destacaron Sergio Magaña y Emilio Carballido, mientras que en poesía se apreciaba una importante nómina como Griselda Álvarez, Margarita Michelena, Emma Godoy, Margarita Paz Paredes, Enriqueta Ochoa, Jaime Sabines, Rubén Bonifaz Nuño y Jaime García Terrés. Serán parte de este elenco los ocho poetas mexicanos: Alejandro Avilés, Roberto Cabral del Hoyo, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Efrén Hernández, Honorato Ignacio Magaloni, Octavio Novaro y Javier Peñalosa.

Todos ellos, además de compartir la atmósfera social de una década, están relacionados e influidos mutuamente por las actividades literarias que llevaron a cabo y por las instituciones de las que recibieron apoyo. Así, por ejemplo, las revistas fueron un importante nexos y vehículo de difusión de los diferentes grupos, y una de ellas, acaso de las más valiosas fue la *Revista Antológica América* (1940-1969), dirigida en buena parte de su existencia por

<sup>121</sup> A. Pereira, *op. cit.*, pp. 19-20.

<sup>122</sup> J. Agustín, *op. cit.* p. 144.

Marco Antonio Millán y Efrén Hernández. Otra fue la *Revista Mexicana de Literatura*, que ejerció el papel de epicentro generacional, fundada y dirigida en principio (1955-1958) por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo. También sobresale el suplemento *México en la Cultura* del periódico *Novedades* (1949-1973), dirigido por Fernando Benítez hasta 1961. En él colaboraron autores consagrados como Enrique González Martínez e Isidro Fabela; también los más jóvenes como Jaime García Terrés y muchos más. Por último, habrá que nombrar otra publicación significativa para la generación de Medio Siglo: la revista *Universidad de México*, que se funda en 1930 bajo la dirección del dramaturgo Julio Jiménez Rueda y, hacia 1953, asume su control Jaime García Terrés.

Otro elemento que propició la convergencia grupal fue la creación del Centro Mexicano de Escritores, hacia 1951, por iniciativa de la autora norteamericana Margaret Shedd, quien consiguió becas de la Fundación Rockefeller para los jóvenes creadores. Este espacio estuvo asesorado, en principio, por Alfonso Reyes, Julio Torri y Agustín Yáñez; posteriormente corresponderá este honor a Juan José Arreola y Juan Rulfo. Según consigna Armando Pereira, entre la década de los cincuentas y sesentas reciben el apoyo Jorge Ibargüengoitia, Tomás Segovia, Juan García Ponce, Inés Arredondo, Vicente Leñero, Carlos Monsiváis, Salvador Elizondo, Fernando del Paso y José Emilio Pacheco.<sup>123</sup>

También las actividades de difusión cultural comunitarias tuvieron su efecto. Hacia 1956 se creó un “movimiento escénico” de nombre “Poesía en Voz Alta”, cuyo propósito era renovar las representaciones teatrales. Según informa Pereira, “Octavio Paz y Juan José Arreola fungieron como los primeros directores literarios del grupo. Antonio Alatorre y Margit Frenk —agrega— fueron los consejeros literarios sobre el Siglo de Oro español”.<sup>124</sup> Este quehacer involucró a gente como Elena Garro, Sergio Fernández, Juan García Ponce, María Luisa (la China) Mendoza; a los artistas plásticos Juan Soriano y Leonora Carrington; a los dramaturgos Héctor Mendoza y José Luis Ibáñez, y al director de escena Juan José Gurrola, entre muchos otros.

Todas estas actividades, y las interrelaciones concomitantes, nos hablan de una constelación de creadores donde convergen varias promociones o grupos. La idea según la cual todos los autores del periodo constituyen una generación es poco creíble, no obstante, se puede pensar —merced a un estudio cuidadoso— en grupos que podrían serlo frente a sus dinámicas particulares. Se requiere pues, de una investigación que descubra la riqueza ex-

<sup>123</sup> A. Pereira, *op. cit.*, p. 33.

<sup>124</sup> *Ibid.*, p. 25.

presiva de este importante periodo, evitando así los juicios superficiales y abusivos.<sup>125</sup> Ésa sería la apuesta con el “deslinde” que habrá de hacerse de los ocho poetas mexicanos.

<sup>125</sup> Sobre los poetas no consagrados de la década de los cincuentas, el crítico, por demás inteligente, José Joaquín Blanco, dice que éstos expresan “una sensiblería mojigata de clase media alemanista incapaz de una cultura radicalmente alta y de una vulgaridad verdadera; un *El tesoro del declamador* sin Garibaldi, y una *Décima muerte* sin inteligencia y sin Villaurrutia, enemiga tanto de Manuel Acuña como de Contemporáneos. La sociedad ‘culto’ se fascina con el promedio de ambos conseguido por Guadalupe ‘Pita’ Amor”. (José Joaquín Blanco, *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*. México, Cal y Arena, 1996, p. 482.)